

# LOS PRIMEROS DÍAS. UNA EXPLICACIÓN DE LOS ORÍGENES INMEDIATOS DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DE 1968<sup>1</sup>

Ariel RODRÍGUEZ KURI

*Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco*

## I

ÉSTE ES UN ARTÍCULO QUE EXPLORA LOS INICIOS del movimiento estudiantil de 1968 en la ciudad de México, sobre todo los días frágiles del 23 de julio al 1º de agosto. Más concretamente, quiero identificar y describir los orígenes inmediatos y las formas y contenidos de la violencia suscitada entre los estudiantes (sobre todo los de algunas escuelas vocacionales y preparatorias) y los policías y soldados. Como es fácil advertir, he dejado a un lado una explicación global de la protesta estudiantil de 1968. Este último enfoque, si bien imprescindible, resulta también arduo por el momento, en tanto no se sustancien algunos procesos clave al nivel del comportamiento

Fecha de recepción: 3 de marzo de 2003

Fecha de aceptación: 27 de marzo de 2003

<sup>1</sup> La investigación para este artículo fue financiada por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. Agradezco los comentarios de todos los miembros del Seminario permanente de historia social de El Colegio de México, especialmente de Soledad Loaeza y Clara E. Lida. Una versión anterior de este trabajo había sido discutida en otro seminario en el Centro de Estudios Estados Unidos-México de la Universidad de California en San Diego. Ahí recibí sugerencias de Beatriz Alcubiere, Antonio Ibarra, Theresa Velcamp y Mark Marriot. Por separado, Luis Jáuregui y María Eugenia Terrones leyeron y comentaron versiones del artículo. Guadalupe Sánchez proporcionó su invaluable colaboración en la ubicación y recopilación de parte de la información de archivo que se utiliza aquí. Consuelo Córdoba dibujó el plano. A todos, mi agradecimiento.

to de los actores más importantes de aquellos sucesos, en primer lugar, la gran masa estudiantil.

Hay una situación paradójica en la literatura sobre 1968: hoy por hoy sabemos más del desenlace que de los orígenes de aquella protesta tumultuaria. La publicación y el análisis de documentos hasta hace poco desconocidos por el público han permitido formarnos una idea más definida de lo sucedido en Tlatelolco el 2 de octubre, e imaginar las responsabilidades políticas (e incluso penales) que se desprenden de aquellos acontecimientos.<sup>2</sup> Pero uno de los efectos inesperados en la preocupación por esclarecer los hechos en Tlatelolco puede ser una agenda de investigación que omita la enorme riqueza sociopolítica y cultural de la protesta estudiantil de aquel año, sobre todo si se consolida la tendencia a convertir el 2 de octubre en la sinécdoque del movimiento. Como escribió Carlos Monsiváis, “cuando la memoria —y por razones entendibles— gira en torno al 2 de octubre, se ha borrado ese momento vertiginoso del 26 de julio”.<sup>3</sup>

Hubo, si es posible ampliar la intuición de Monsiváis, más de un momento vertiginoso en la protesta estudiantil de 1968, y ciertamente varios instantes memorables. Se ha gestado, y para bien, una suerte de historia civil y moral del movimiento, que se ha detenido en las grandes manifestaciones y mítines, en los gestos de solidaridad desde el entorno del movimiento, en los sucesivos acercamientos y alejamientos entre los disidentes y el gobierno, en los orígenes estructurales del descontento. De cualquier manera, asumo que de los protagonistas concretos de la protesta, y de sus formas específicas de expresión y movilización, tenemos una imagen todavía difusa, y a veces indiferenciada. Es como si la necesidad de escribir una historia sociopolítica del movimiento hubiese cedido a la necesidad de una recuperación sobre todo didáctica de aquellas jornadas, pues

<sup>2</sup> Tres son los textos fundamentales para esclarecer los acontecimientos del 2 de octubre: AGUAYO, 1998, SCHERER y MONSIVÁIS, 1999, y MONTEMA-YOR, 2000.

<sup>3</sup> MONSIVÁIS, 1999, pp. 146-147.

éstas han sido consideradas casi desde un principio como precursoras de una transición que ha obsesionado a casi dos generaciones de estudiosos del tema mexicano.<sup>4</sup>

Hay otros desequilibrios en la literatura. De una parte, 1968 ha producido una verdadera saga en la crónica y en la novela. Un autor ha calculado que el tiraje de las 30 novelas más representativas sobre el movimiento, sumado al tiraje de las crónicas y testimonios clásicos como *Los días y los años*, de Luis González de Alba y *La noche de Tlatelolco*, de Elena Poniatowska, arroja poco más de 500 000 ejemplares vendidos hasta 1985.<sup>5</sup> A esta cifra deberán agregarse los tirajes de los testimonios, ensayos interpretativos y documentos publicados entre 1988 y 2000. Pero de otra suerte, a este mar riquísimo de ideas, lenguajes e imágenes, la academia ha contribuido con muy poco. Es imposible hacer un listado de los 30 títulos más representativos de estudios académicos, porque éstos no llegan a diez.<sup>6</sup> Y en todo caso, encuentro que son apenas dos trabajos los que han profundizado en nuestro entendimiento del 68 mexicano. En primer lugar, el libro de Sergio Zermeño, *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil de 1968* (cuya primera edición es de 1978) que sigue siendo la referencia obligada, tanto por su caracterización de los actores como por sus alcances interpretativos. Por otra parte, un artículo de Herbert Braun revisa exhaustivamente la naturaleza de la protesta estudiantil y la respuesta gubernamental, y aporta importantes elementos de métodos interpretativos.<sup>7</sup> Pero esa literatura no ha alcanzado una masa crítica que permita una discusión teórica o historiográfica referida específi-

<sup>4</sup> Dos textos característicos en este sentido son el de LOAEZA, 1993 y el de TAMAYO, 1999. MARKARIAN, 2001, hace un recuento de los ciclos de interés sobre la protesta estudiantil en las siguientes tres décadas.

<sup>5</sup> MARTRE, 1998, pp. 141-142.

<sup>6</sup> Reconozco que procedo con cierta arbitrariedad al distinguir entre testimonio, crónica, ensayo o novela, de un lado, y estudios académicos, del otro. Pero no encuentro tampoco ninguna ventaja en diluir o desparecer las diferencias de género. Como la crónica, el ensayo, la poesía o la novela, el estudio académico tiene sus reglas.

<sup>7</sup> BRAUN, 1997.

camente a la reconstrucción e interpretación de la protesta estudiantil propiamente dicha. Al contrario de lo que plantea Braun, no estoy seguro que exista realmente una ortodoxia (que él llama historia oficial del movimiento), y por tanto, parece improbable todavía cualquier revisionismo. Las experiencias de aquellos tres meses intensos perduran sólo como imágenes, cristalizadas ya, y sobreviven a la manera de un *collage* inolvidable. Desde mi punto de vista, 1968 sigue siendo una “escena primaria” de la cultura política mexicana, en el sentido específico planteado por Marshall Berman en su estudio memorable sobre San Petersburgo antes y después de la revolución de octubre de 1917.<sup>8</sup>

Estimo que una manera de discutir el movimiento estudiantil de 1968, sobre todo la dinámica de los primeros días, y que se beneficia de los nuevos testimonios publicados y de las nuevas fuentes documentales disponibles en el último lustro, es reconsiderar el papel específico de la violencia callejera en la constitución de un interlocutor, pero también en la generación de un espacio político para la negociación. Cuando hablamos de esfera pública (a veces simplemente un tópico de las ciencias sociales contemporáneas), con facilidad olvidamos que ésta no es algo dado, no es un espacio predefinido que sólo será ocupado por los interlocutores.<sup>9</sup> La esfera pública tampoco se encuentra en las antípodas de la violencia. Debe reconocerse que la violencia puede negar, pero también puede crear (dentro de ciertos límites y utilizando ciertos códigos) las posibilidades para que aparezca una oportunidad de interlocución, diálogo y toma de decisiones sobre bases racionales. La violencia no es un ente amorfo ni es una experiencia puramente irracional que niega la existencia misma de una esfera pú-

<sup>8</sup> BERMAN, 1990. Apliqué la noción de “escena primaria” —a saber con qué éxito— para explicar las relaciones de la élite porfiriana de la ciudad de México con los grupos populares movilizados durante los motines de mayo de 1911; véase RODRÍGUEZ KURI, 1996, cap. VII.

<sup>9</sup> Sobre la necesidad de “historizar” el concepto de esfera pública, puede ser útil el trabajo de SCHUDSON, 1992.

blica y de unos actores que saben calcular y decidir. La violencia tiene agentes, contenidos, ritmos y expresiones concretas. A partir de fines de julio 1968, los enfrentamientos en las escuelas y calles aledañas entre estudiantes y policías y soldados, aunados a las manifestaciones y a los trabajos de propaganda de los estudiantes durante agosto y parte de septiembre, estuvieron a punto de forzar al gobierno a aceptar un diálogo con los estudiantes y sus aliados. Sin embargo, sobre todo en septiembre, la decisión gubernamental de recuperar por la fuerza la calle y las escuelas, la tardanza estudiantil en reconocer que en agosto habían ganado un importante sector de la opinión pública y la resistencia (física, no sólo simbólica) de un sector de los estudiantes y sus aliados a la contraofensiva gubernamental de septiembre, cancelaron la posibilidad de un acuerdo político.

Debe ser claro para el lector que los problemas que analizo en este artículo se refieren a lo que Sergio Zermeño llamó en su trabajo pionero "la base radical joven" del movimiento estudiantil. Como se sabe, Zermeño considera que el movimiento estuvo integrado, además, por otras dos fuerzas: el sector profesionista y la izquierda política universitaria. Pero la base radical joven interesa, sobre todo, porque era la más numerosa, la más impredecible y en cierta forma la más eficiente. Fueron esos jóvenes el objeto de las agresiones burdas y violentas de la policía a finales de julio de 1968 (Zermeño las llama provocaciones), y fueron también los que respondieron de la manera más intensa y apasionada: "bastaron cuatro días y dos enfrentamientos furibundos, para hacer necesaria la intervención masiva del ejército en el centro de la ciudad y en las preparatorias y vocacionales". La base radical estaba constituida sobre todo, por los estudiantes de las escuelas preparatorias y vocacionales.<sup>10</sup> En términos generales estamos hablando de una edad que fluctuaba entre los 15 y 18 años. Éste sería el rasgo distintivo del grupo. Salvador Novo, en esa suerte de diario de hechos notables que publicó en revistas y diarios durante décadas, registró en su entrada del 17 de agosto

<sup>10</sup> ZERMEÑO, 1981, pp. 37-38.

(pero comentando los sucesos de fines de julio): “Los periódicos de hoy traen abundantes fotos de los ‘rebeldes’: *muchachos de catorce y quince años* [...]” Y en la entrada del 25 de septiembre, entre resignado y cáustico, escribió: “Al salir [de un museo] pensaba asistir al Teatro Latinoamericano de Reforma; pero *los niños* andaban alborotando en [el Palacio de] Bellas Artes, y preferí volver a casa”.<sup>11</sup> Un informe de la Dirección Federal de Seguridad calculó que el 2 de agosto se había presentado a clase 70% de los estudiantes del ala técnica y 40% del ala de humanidades de la Universidad Nacional; en cambio “en las diferentes [escuelas] preparatorias únicamente pequeños grupos aislados se presentaron” en sus planteles.<sup>12</sup> Con toda certeza, en los inicios de la protesta estudiantil, los más jóvenes del mundo universitario y politécnico eran los más enojados.

Se ha avanzado en el conocimiento de la historia de los estudiantes mexicanos en el siglo XX; y aunque sigue siendo una realidad evanescente, tenemos ya estudios y ensayos interpretativos serios sobre algunas dimensiones de la vida de los jóvenes en las décadas de 1950 y 1960.<sup>13</sup> No obstante, nuestro conocimiento es todavía insuficiente en cuan-

<sup>11</sup> Novo, 1998, t. II, pp. 395 y 409; cursivas mías. Para un análisis de la irrupción de los adolescentes en las políticas panameña y estadounidense contemporánea, investidos en este caso de fuerte nacionalismo en ambos bandos, ver el ilustrativo trabajo de McPHERSON, 2002.

<sup>12</sup> AGN, ADFS, exp. 11-4-68, H-116-A, L-26. Reporte de actividades del 2 de agosto, 8 de agosto de 1968.

<sup>13</sup> El estudio más exhaustivo que conozco de las relaciones entre estudiantes, sistema universitario y Estado en México a partir de 1910 es el de MABRY, 1982. Elementos para una historia de los estudiantes en la segunda posguerra mexicana se encuentran también en GUEVARA NIEBLA, 1988. Dos textos que introducen las problemáticas de un sector de los jóvenes mexicanos (no necesariamente estudiantes) en las décadas de 1950-1960 son AGUSTÍN, 1996 y ZOLOV, 1999. La noción de jóvenes como problema de investigación histórica se explora en LEVI y SCHMITT, 1996, especialmente los trabajos de Sergio Luzzato: “Jóvenes rebeldes y revolucionarios (1789-1917)”; Eric Michaud: “Soldados de una idea: los jóvenes bajo el Tercer Reich” y Luisa Passerini: “La juventud, metáfora del cambio social (dos debates sobre los jóvenes en la Italia fascista y los Estados Unidos durante los años cincuenta”. Pero un texto verdaderamen-

to a la vida cotidiana y los ambientes culturales en las instituciones de educación media y superior en la ciudad de México. Aunque algunos estudios hacen referencia al problema, quizá no hemos acabado de entender las relaciones entre los orígenes sociodemográficos y culturales de los estudiantes, y sus estilos de comportamiento frente a las autoridades escolares y políticas. Una buena parte del malestar en la cultura moderna mexicana de la segunda posguerra se fraguó en las aulas, en los pasillos y las cafeterías de los planteles, en las sociedades de alumnos, en los viajes en autobuses de casa a la escuela y viceversa, y en los paros, huelgas y manifestaciones estudiantiles.<sup>14</sup>

Seguramente dos fenómenos contribuyeron a ese malestar. Como se sabe, las escuelas preparatorias y vocacionales pertenecían (y pertenecen) a sistemas educativos distintos. Las preparatorias formaban parte de la Universidad Nacional, y eran (y son) su bachillerato. Las vocacionales y las escuelas técnicas industriales eran (y son), a su vez, el bachillerato para el ingreso a las escuelas profesionales del Instituto Politécnico Nacional. Es claro para la década de 1960 la gravitación que las escuelas de bachillerato ejercían sobre el sistema universitario de la ciudad de México en su conjunto. Ciertamente aquélla era mayor en el Politécnico que en la Universidad. Los estudiantes de bachillerato representaban en el Instituto Politécnico Nacional 64% de la matrícula total en 1964 (poco más de 23 000 estudiantes), proporción que se redujo a 51% en 1970 (cuando su bachillerato rebasó los 40 000 alumnos). Por su parte, en 1965 34.5% de los alumnos inscritos en la Universidad Nacional eran del grado de bachillerato (es decir, poco menos de 26 000 jóvenes), porcentaje que se incrementó a 37.4% en 1970 (cuando la matrícula en el bachillerato de la Universidad alcanzó prácticamente los 40 000 estudiantes).<sup>15</sup>

---

te ejemplar para el estudio de los jóvenes y estudiantes en los últimos 40 años es el libro de MARWICK, 1998.

<sup>14</sup> Hay elementos para desarrollar este enfoque en trabajos ulteriores en MABRY, 1982, pp. 214 y ss. y DOMÍNGUEZ, 1998.

<sup>15</sup> COVO, 1990, cuadro I; MABRY, 1982, pp. 216-217; LEÓN LÓPEZ, 1986, p. 97, y SÁNCHEZ HIDALGO, 2000, p. 190. La reducción en el peso relativo

Además, interesa una breve reflexión sobre la implantación urbana de las escuelas públicas de educación media en la ciudad de México, precisamente por su rol protagónico en los orígenes y desarrollo temprano de la protesta estudiantil.<sup>16</sup> El plano 1 muestra algunas diferencias en la distribución espacial de las escuelas. En 1968, las vocacionales tendían a estar más concentradas en la zona céntrica de la ciudad, en los ámbitos que hoy conocemos como Centro Histórico, y hacia los barrios populosos de Tacuba, Santo Tomás y Cuitláhuac, en el norponiente. En cambio, las preparatorias de la Universidad Nacional habían sido distribuidas de manera más espaciada. Sin embargo, una excepción notable era el hecho de que las preparatorias 1, 2 y 3 (las más antiguas) estaban ubicadas todavía, en ese entonces, a unos pasos del Zócalo de la ciudad de México, es decir, a unos pasos del Palacio Nacional, la Catedral y del antiguo Palacio del Ayuntamiento. Las escuelas que experimentaron el mayor grado de violencia en los enfrentamientos iniciales entre los estudiantes y la policía entre el 23 de julio y principios de agosto fueron las vocacionales 2 y 5 (en la Ciudadela) y 7 (en Tlatelolco), y las preparatorias 1, 2 y 3 (en el Centro Histórico), la 5 (en Coapa, al sur de la ciudad) y probablemente la 7 (en el barrio popular de La Viga).<sup>17</sup>

---

del bachillerato en el Politécnico entre 1964-1970 se debe que las escuelas prevocacionales (es decir, escuelas secundarias hasta entonces administradas por el Politécnico) quedaron bajo el control directo de la Secretaría de Educación Pública.

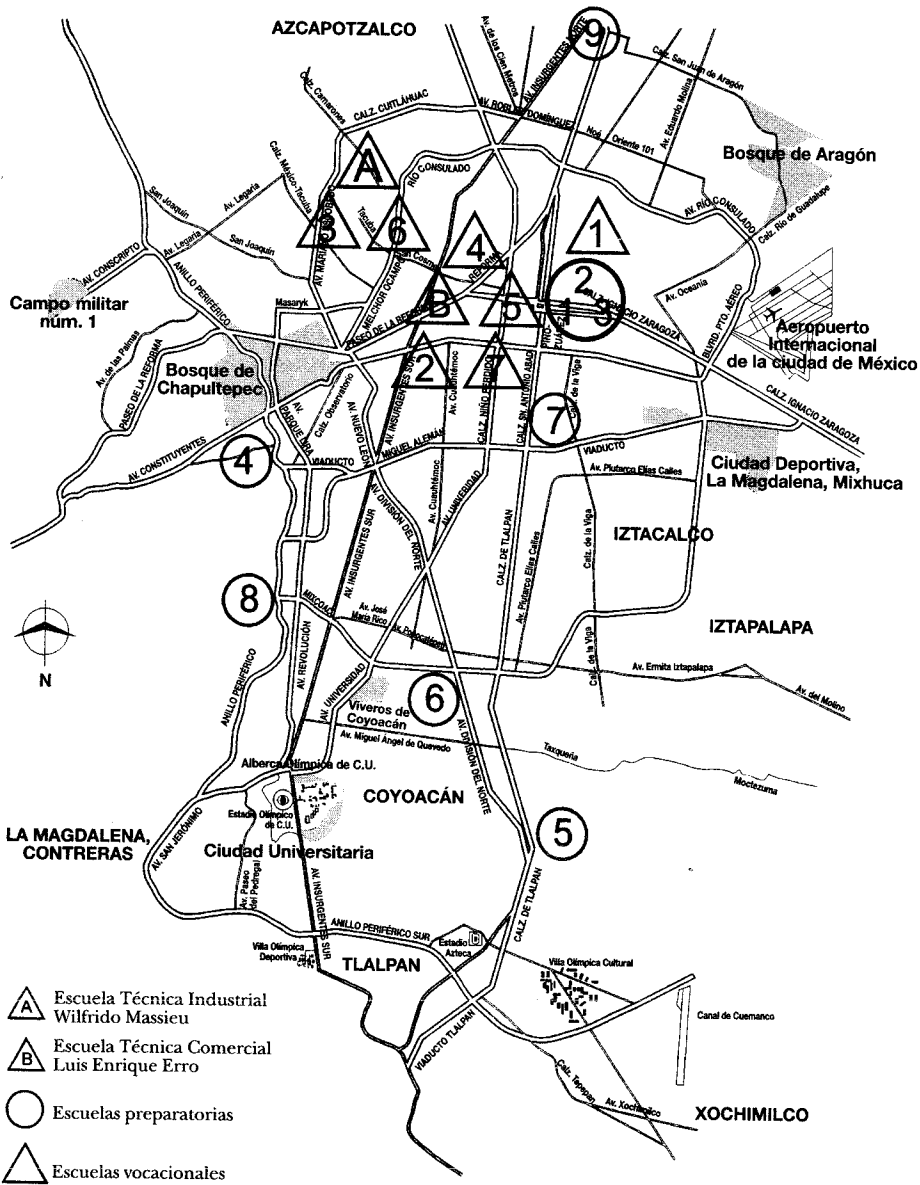
<sup>16</sup> Elementos para reflexionar sobre el asunto de dónde están las escuelas y cuál es su relación con el entorno ha sido planteado en el trabajo de CRESPO y ALZOGARAY, 1994.





<sup>17</sup> Es posible inferir esta geografía de los puntos más violentos de la respuesta estudiantil de los primeros días de las informaciones periodísticas; véase *Excelsior* (23 y 28 jul.); *El Universal* (24 y sobre todo 30 jul.); *El Día* (27 jul.), y *Novedades* (30 jul.), todos en CANO, 1998, pp. 4-5, 8, 11 y 17-18.



# Plano 1

## ESCUELAS VOCACIONALES Y PREPARATORIAS DE LA CIUDAD DE MÉXICO EN 1968



-  Escuela Técnica Industrial Wilfrido Massieu
-  Escuela Técnica Comercial Luis Enrique Erro
-  Escuelas preparatorias
-  Escuelas vocacionales

Elaboración de Consuelo Córdoba Flores

He definido para este artículo cuatro problemas recurrentes a lo largo del análisis y la narración. Su interrelación y articulación suponen una hipótesis para explicar los orígenes inmediatos de la protesta estudiantil. No propongo que alguno de ellos necesariamente tenga preeminencia sobre el resto, pero tampoco sugiero que los cuatro tengan los mismos alcances analíticos. Insisto, no obstante, en que los cuatro son determinantes en una explicación más exhaustiva de la situación concreta y de la trayectoria de los protagonistas de aquellas jornadas inaugurales.

El primer problema tiene que ver con las escuelas (sobre todo las de bachillerato), percibidas éstas por los estudiantes como sustraídas legítimamente a la intervención de la policía. Esa percepción incluía por supuesto las instalaciones físicas de las escuelas, pero es probable que también considerara un área adyacente (el vecindario más inmediato, y algunas calles, parques y plazas). En segundo lugar, es posible documentar la existencia de ciertas prácticas de comunicación y protesta asumidas como legítimas y debidas en las relaciones entre los estudiantes de los bachilleratos y las escuelas profesionales, por un lado, y las autoridades de la ciudad de México, por el otro. Esas prácticas —y me refiero sobre todo al secuestro de autobuses de pasajeros— llegaron a una culminación y adquirieron otro sentido durante los meses de la protesta.

El tercer problema de análisis es que resulta cada vez más clara la existencia de una zona gris, de transición por llamarla así, entre los estudiantes —es decir, los jóvenes inscritos en las escuelas, y que asistían con regularidad a cumplir las obligaciones que se esperan de unos alumnos— y otros jóvenes que no necesariamente eran alumnos, pero que gravitaban cotidianamente en el espacio físico y simbólico de algunas escuelas de bachillerato de la ciudad de México. Éste es el caso de los porros y las pandillas de barrio que se comportaron, entre julio y septiembre, “como si fueran estudiantes”, es decir, usaron las escuelas, los modos de organización y las rutinas de los estudiantes para resistir y atacar a los policías. Finalmente, un cuarto elemento es fundamental. En este artículo sugiero que la capacidad

operativa de la policía de la ciudad de México resultó claramente insuficiente para enfrentar la protesta estudiantil desde sus orígenes. Técnica y tácticamente la policía no estaba preparada para controlar y reprimir un movimiento de insubordinación social de la amplitud y magnitud de aquél. La policía local perdió la batalla de la ciudad de México en unos cuantos días, y el gobierno nacional hubo de recurrir al ejército (apenas el 30 de julio en la madrugada), lo cual otorgó a los acontecimientos un cariz de tal manera distinto que en cierta forma modificó su naturaleza.

Con estos cuatro problemas como ejes de una explicación, sugiero, entonces, que la protesta estudiantil sea objeto de una doble y casi simultánea reconstrucción e interpretación. En un plano, claramente estamos ante un movimiento político de una eficacia sorprendente, que racionalizó, jerarquizó y difundió sus demandas al grado de convertirlas en unos cuantos días en un asunto público y nacional. Tal es la historia del Consejo Nacional de Huelga como interlocutor y contendiente del gobierno mexicano. Pero de otra parte, la protesta estudiantil debe ser leída en un sentido más literal, esto es, como una forma colectiva de "insubordinación social",<sup>18</sup> donde algunos de los estratos estudiantiles no sólo se aliaron con muchos de sus profesores y con otros sectores ilustrados de la sociedad mexicana, sino que se unieron con otros grupos sociales que no eran estudiantes (jóvenes sin escuela, pandilleros, vecinos de los barrios próximos a las escuelas) para expresar su rechazo a los símbolos y representantes del gobierno, sobre todo a la policía y sus hábitos autoritarios. Sostengo que aquella alianza se valió de algunos recursos disponibles en las revueltas y motines urbanos modernos. Por tanto, sugiero que es necesario empezar a relacionar, de manera más precisa y concreta, las formas de resistencia de los estudiantes de 1968 con las tendencias históricas de la protesta urbana; una pregunta se impone: ¿existe una tradición de motín político en

<sup>18</sup> La expresión es de Marcelino Perelló, uno de los dirigentes más populares del movimiento. Véase la entrevista con Perelló en ASCENCIO, 1998, pp. 129 y ss.

la ciudad de México en el siglo XX? Bien a bien no lo sabemos, pero hay pistas al respecto.<sup>19</sup> Esta segunda dimensión de la protesta estudiantil, amén de las refriegas callejeras contra la policía y el ejército, presenta las huellas de una revuelta cultural más amplia, que en ningún caso puede ser ignorada.<sup>20</sup>

Las relaciones entre la forma política de la protesta, ésa que ha racionalizado el conflicto al definir inmediatamente un enemigo, un vocabulario de batalla, una organización aglutinante (el Consejo Nacional de Huelga) y unos objetivos concretos (el pliego petitorio de los seis puntos), por un lado, y las modalidades y ritmos de la protesta callejera, de la insubordinación social en el sentido estricto (las barricadas en las calles, las escuelas tomadas, el secuestro de autobuses, las bombas molotov, los mítines relámpago, las asambleas populares en plazas y mercados) no fueron simétricas ni fluidas ni predecibles. Más aún, ese vacío entre ambos planos constituye el momento dramático del movimiento, ese momento donde el destino parece haber despojado de su libertad a los actores. La angustia, a veces la desesperación, de algunos dirigentes más conspicuos de la protesta estudiantil, se expresa sobre todo cuando, al recordar, acaban por reconocer una fecha, un lapso, en que se pudo ganar (en que se había ganado tal vez) la batalla contra el gobierno mexicano. Los testimonios de Gilberto Guevara Niebla y de Luis González de Alba deben ser leídos con sumo cuidado para reintegrar a la protesta su sentido dramático y profundamente moderno. Este último se pregunta “¿qué pasó cuando, en agosto de 1968 [...] estuvieron a punto de iniciarse las pláticas con el gobierno a raíz de las declaraciones de

<sup>19</sup> Tres estudios pueden ayudar a discutir el problema: BRAUN, 1987, en especial pp. 289 y ss.; ARROM, 1996 y RUBENSTEIN, 2001. He tratado de evaluar el asunto de los motines en la historia de la ciudad de México a partir de la Revolución en dos trabajos míos: RODRÍGUEZ KURI, 1996, cap. VII y RODRÍGUEZ KURI [en prensa].

<sup>20</sup> Quizá el primero en encontrar una ruptura propiamente cultural —incluso más que política— en el 68 mexicano fue Octavio Paz en *Post-data*; véase PAZ, 1981, en especial pp. 229 y ss. En una óptica similar han escrito GONZÁLEZ DE ALBA, 1993 y ANAYA, 1998.

[Luis] Echeverría [secretario de Gobernación]?”<sup>21</sup> El destino de la protesta de 1968 no era Tlatelolco.

## II

Un conjunto de evidencias sugieren que la policía de la ciudad de México no estaba capacitada para enfrentar una explosión de descontento y de violencia callejera como la que caracterizó los primeros días del movimiento estudiantil de 1968. Más aún, es probable que el muy bajo desempeño técnico —por llamarle de alguna manera— del cuerpo de granaderos entre el 22 y 30 de julio, tanto en las inmediaciones de la Ciudadela como en el Zócalo y sus alrededores, haya contribuido a escalar el conflicto. La intervención del ejército, la madrugada del 30 de julio, estuvo determinada por el hecho, claro y contundente, de que los estudiantes habían derrotado (o estaban por hacerlo) a los granaderos, es decir, al cuerpo de la policía metropolitana encargado del control y la represión de grupos o “multitudes”. El resquebrajamiento de las capacidades materiales y simbólicas de la policía para conservar un “orden” en las escuelas de adolescentes y sus alrededores difícilmente puede ser subestimado. El conflicto estudiantil de 1968 se convirtió en un fenómeno político nacional precisamente cuando la protesta estudiantil superó las mediaciones políticas y de seguridad en la ciudad de México.

Sustentar este enfoque exige de algunas aclaraciones de método. Usualmente se dan por sentadas las capacidades represivas de los gobiernos de la posrevolución. Pero estrictamente hablando, quizá sólo los estudios de Sergio Aguayo pueden ser enmarcados dentro de un campo analítico que considere seriamente la posibilidad de una historia de la represión política en México. En sendos estudios, Aguayo no sólo proporciona información altamente relevante

<sup>21</sup> Véase “El movimiento a la ofensiva. Entrevista con Gilberto Guevara Niebla”, en BELLINGHAUSEN (coord.), 1988, en especial pp. 60-61 y GONZÁLEZ DE ALBA, 1980, p. 81.

para una historia de ese sentido, sino que hace una primera identificación de los agentes, patrones y técnicas de control, supervisión, intervención y represión de los disidentes políticos, sobre todo después de la segunda guerra mundial.<sup>22</sup> Nótese, sin embargo, dos aspectos que son fundamentales para el mejor entendimiento del 68 mexicano: en primer lugar, no es posible inferir de los estudios de Aguayo que la naturaleza del Estado mexicano haya sido policíaca, con las connotaciones totalitarias (incluso genocidas) que este epíteto tiene en la historia política europea y latinoamericana del siglo XX; en segundo término, y como consecuencia del anterior, debe advertirse contra la simplificación en el estudio de los procesos de consenso y disidencia en el México contemporáneo, en el sentido de que aún los análisis sobre las modalidades más eficientes de represión no exoneran al historiador de intentar una historia política y social lo más comprensiva posible.

Las advertencias anteriores son pertinentes sobre todo cuando evaluamos los comportamientos represivos del gobierno no sólo en el plano del funcionamiento de la policía política, sino en la perspectiva de las grandes disidencias colectivas. Cuando la protesta y la movilización incluyeron un número de personas que no se contaban por decenas o centenas, sino por miles y cuando ellas mostraron clara propensión a usar métodos de resistencia física (incluso violenta) como una estrategia de defensa, estamos en una dimensión distinta. En otras palabras, cuando en el verano de 1968 la protesta se manifestó en las calles, plazas, mercados y escuelas de adolescentes y jóvenes de la capital de la República, con recursos como barricadas, piedras, palos y bombas caseras, las coordenadas del control y la represión de parte del gobierno se modificaron dramáticamente. Enfrentar a decenas o centenas de estudiantes en el corazón de la ciudad de México exigía de una sofisticación operativa y técnica que, sugiero, no estaba disponible para el primero y más inmediato agente que debía enfrentar la emergencia: la policía de la ciudad.

<sup>22</sup> Véanse AGUAYO, 1998, pp. 45-73 y 2001.

La evidencia disponible muestra que las capacidades de la policía de la ciudad de México estaban siendo sobreestimadas en 1968, y no sólo por las autoridades nacionales. En un documento de marzo de ese año, la Agencia Central de Inteligencia del gobierno de Estados Unidos (CIA, por sus siglas en inglés) evaluó la seguridad disponible en la ciudad de México con motivo de la visita del vicepresidente Hubert Humphrey. Según la CIA

[...] las fuerzas de seguridad mexicanas proporcionarán [al vicepresidente] un alto grado de seguridad personal. Esas fuerzas de seguridad son confiables, sólidas y razonablemente competentes. La policía del Distrito Federal es efectiva en el manejo de multitudes y en la supresión de desórdenes.<sup>23</sup>

De hecho, apenas cuatro meses después del informe, quedaría evidenciada justamente la poca efectividad de la policía en “el manejo de multitudes y en la supresión de desórdenes”. El error de apreciación de la CIA obedece a realidades un tanto paradójicas, pero que ciertamente beneficiaban al gobierno estadounidense en esos momentos. Buena parte del éxito en el control y la represión de opositores políticos descansaba en la operación de organismos como la Dirección Federal de Seguridad (que dependía formalmente de la Secretaría de Gobernación) y el Servicio Secreto de la policía de la ciudad de México. Estos cuerpos de policía combinaban de manera eficiente —no obstante sus limitaciones técnicas y humanas— la generación de información (vigilancia, interceptación y seguimiento) con la represión directa: arrestos, interrogatorios, decomisos, tortura y asesinatos.<sup>24</sup> Además, estos cuerpos de policía se beneficiaban de una legislación y de unas prácticas judiciales que les permitían actuar con una autonomía muy amplia. Como el documento de la CIA reconoció

<sup>23</sup> NSA, mexa03, CIA, “Security Conditions in Mexico City”, 28 de marzo de 1968, p. 3.

<sup>24</sup> Véanse AGUAYO, 1998 y 2001.

[...] los procedimientos legales mexicanos no inhiben a la policía para detener a tantos individuos como el gobierno considere necesarios para mantener el orden en ocasiones especiales, y estas licencias [para la actuación de la policía sin mandatos judiciales expresos] serán ejercidas en la visita del vicepresidente [Humphrey].<sup>25</sup>

Desafortunadamente para el gobierno mexicano, no fue la policía política, sino la policía de la ciudad la que primero enfrentó la protesta estudiantil de 1968. Es decir, no fue la élite dentro del sistema de control y represión política, sino la tropa, los *rank and file* entre los granaderos y policías de crucero, los que fueron a macanear y tratar de controlar a los estudiantes de las escuelas vocacionales y preparatorias. Pero documentar los apuros policiacos al enfrentar a los jóvenes disidentes en los días que siguieron al 22 de julio exige de una operación que conlleva algunos elementos cognoscitivos y emocionales importantes. Es necesario aceptar y discutir con seriedad el testimonio y los juicios de algunos de los principales funcionarios públicos involucrados en los acontecimientos sobre la naturaleza de los primeros días del conflicto. Al aceptar esos testimonios, abrimos un panorama de análisis y reflexión que si bien no es del todo original para la explicación del movimiento estudiantil, sí incorpora una serie de matices que juzgo muy importantes.<sup>26</sup>

En 1969 el presidente Gustavo Díaz Ordaz dijo que la policía “salió muy mal librada” en los enfrentamientos de julio con los estudiantes debido a su “inferioridad numérica” y a la mala calidad “de su armamento, pues en muchos casos las granadas lacrimógenas no explotaron porque eran viejas”; y si no tenían granadas nuevas era porque “los en-

<sup>25</sup> NSA, mexa03, CIA, “Security Conditions in Mexico City”, 28 de marzo de 1968, p. 4.

<sup>26</sup> Herbert Braun ha sido quien primero sugirió ampliar el registro de testimonios sobre 1968; propongo en todo caso que leamos con paciencia y cuidado los testimonios de los protagonistas gubernamentales. Véase BRAUN, 1997, p. 518.



cargados de abastecerlas se habían robado el dinero”.<sup>27</sup> El diagnóstico sobre las insuficiencias policíacas se repite en boca de al menos otro funcionario de rango muy alto en el gobierno. El secretario de la Defensa, general Marcelino García Barragán, habría declarado —en una fecha no precisada de 1969— que la “grave perturbación del orden público y la magnitud que alcanzó la agitación en los últimos días del mes de julio del año pasado, hicieron insuficiente la labor de la policía metropolitana para controlar el movimiento”.<sup>28</sup> Y en un documento interno del ejército se hace un diagnóstico similar, en una fecha tan temprana como el 1º de agosto de 1968; el documento reconoce que los estudiantes “han tenido encuentros de consideración con elementos de la policía preventiva [...] la que se ha visto impotente para sofocar esos disturbios”.<sup>29</sup> En una aceptación igualmente contundente, el jefe de la policía de la ciudad de México, general Luis Cueto Ramírez (con toda seguridad, una de las bestias negras de los estudiantes), declaró la noche del 29 de julio “que las unidades de granaderos de que se disponía resultaban insuficientes para disolver los motines”, dado “que los desórdenes eran producidos por personas organizadas en grupos de choque, en los cuales no solían participar estudiantes propiamente dichos, sino porros”. Además, Cueto sostuvo que los granaderos “sólo habían utilizado macanas y escudos de plástico grueso, así como algunas granadas lacrimógenas” y en cambio “los jóvenes agitadores habían usado garrotes de mayor longitud que las cachiporras de los granaderos, varillas de acero, cadenas, navajas, piedras y proyectiles de metal (tuercas, tornillos, pedazos de varilla o chatarra) e incluso

<sup>27</sup> “Díaz Ordaz al provincial jesuita: El Ejército, el único sitio donde queda la disciplina”, *Proceso*, 108 (nov. 1978), pp. 24-25.

<sup>28</sup> “El crimen de 1968 fue de la antipatria, no del Ejército”, *Proceso*, 104 (oct. 1978), pp. 6-9.

<sup>29</sup> El documento en cuestión es la “Orden de operaciones no. 1”, firmada por el comandante del batallón de fusileros paracaidistas, general José Hernández Toledo, de fecha 1º de agosto de 1968, en SCHERER y MONSIVÁIS, 1999, p. 64.

armas de fuego”.<sup>30</sup> No sobra decir que el general Cueto descerrajó semejante aceptación de su impotencia en la sede del Departamento del Distrito Federal (en la Plaza de la Constitución), a unos metros de donde se libraba una refriega memorable entre preparatorianos y policías, y a unas horas de que el ejército federal fuese llamado a recuperar las escuelas y las calles del barrio universitario. No tengo dudas de que los cuatro testimonios deben interpretarse como una coartada para justificar la utilización del ejército en las calles de la ciudad a partir de la madrugada del 30 de julio. Pero esa calidad no necesariamente disminuye sus alcances explicativos.

Uno de los testimonios más impresionantes sobre el desempeño de los granaderos proviene de fuentes de la Secretaría de Gobernación. La información fue generada en una fecha muy temprana, y sin embargo, clave para entender buena parte de las características del movimiento estudiantil: la mañana del martes 23 de julio. Aquí no cabe la sospecha justificatoria, como en los dichos de Díaz Ordaz o García Barragán. Tres documentos (los dos primeros son seguramente transcripciones de los reportes que los agentes transmitieron por radio o teléfono), dan cuenta de los enfrentamientos entre estudiantes de la escuela particular Isaac Ochoterena, “apoyados por alumnos de la Preparatoria 4 de la Universidad”, de un lado, y alumnos de la Vocacional 5, del otro (los primeros enfrentamientos fueron el día anterior, el 22). Según el primer reporte, los estudiantes de la Ochoterena habían apedreado el edificio de la Vocacional. Hacia las 10:15 de la mañana, una unidad de granaderos ya estaba presente en el lugar, donde quitó “palos y piedras” a los estudiantes. “Hasta el momento no se han registrado actos sangrientos”, dijo. Más aún, los estudiantes de la Preparatoria 4, que apoyaban a los de la Ochoterena, se habían retirado del lugar. Pero poco antes de las

<sup>30</sup> Los argumentos de Cueto son parafraseados por el general Alfonso Corona del Rosal (jefe del Departamento del Distrito Federal en ese momento); por tanto, advierto entonces que el entrecomillado comunica la versión de este último. Véase CORONA DEL ROSAL, 1995, pp. 204-205.

10:30 hr, los estudiantes de la Ochoterena volvieron a apedrear el edificio de la Vocacional 2, y rompieron unos "30 cristales"; al salir los alumnos del edificio de la Vocacional (imagino que muy enojados), los agresores se refugiaron en el suyo.<sup>31</sup>

El segundo informe avanza noticias sobre la aparición de la violencia; se reportan dos enfrentamientos entre estudiantes de la Vocacional con granaderos en la esquina de las calles General Prim y Bucareli, uno a las 10:15 hr y otro a las 11:25; un tercer enfrentamiento se suscitó a las 11:45, pero en Abraham González y Lucerna. Al menos en los dos primeros jaleos la policía usó gases lacrimógenos. Los estudiantes lanzaron piedras, pero poco antes del mediodía hacían "barricadas en las calles de Lucerna y Bucareli para impedir el paso a los granaderos". Además, los estudiantes de la Vocacional identificaron a tres agentes de la Dirección Federal de Seguridad y "les quitaron los rollos de las cámaras fotográficas". Este informe concluye ominosamente: los estudiantes "siguen [caminando, moviéndose] de un lado para el otro, en la periferia [entiéndase: a prudente distancia de los granaderos, pero sin abandonar el lugar]".<sup>32</sup>

El tercer documento resume los dos anteriores, pero da una versión más coherente de la dinámica de la violencia en la Ciudadela. Los agentes de la Secretaría de Gobernación calcularon que unos 200 estudiantes de la Preparatoria 4 habrían acudido en apoyo de los alumnos de la Isaac Ochoterena "en contra de los estudiantes de la Vocacional 2". Que esta alianza de jóvenes lapidó el edificio de la Vocacional "rompiendo 30 cristales". Que cuando salieron los estudiantes de la Vocacional los primeros se retiraron. Sin embargo, al llegar un grupo de granaderos con el encargo "de dispersar a los rijosos" inició un encuentro furioso con piedras y granadas de gases lacrimógenos entre policías y estudiantes de la Vocacional.<sup>33</sup>

<sup>31</sup> AGN, FIPS, c. 531, t. 8, "Distrito Federal", 23 de julio de 1968, f. 396.

<sup>32</sup> AGN, FIPS, c. 531, t. 8, "Distrito Federal", 23 de julio de 1968, f. 397.

<sup>33</sup> AGN, FIPS, c. 531, t. 8, "Distrito Federal", 23 de julio de 1968, f. 398.

Hasta aquí, la crónica de los informantes del gobierno se corresponde, aunque con distinto énfasis, con aquellos testimonios y estudios que se han ocupado —con brevedad casi siempre— de los enfrentamientos entre estudiantes de dos escuelas, y luego entre un bando de éstos y los granaderos, en la Ciudadela y sus alrededores, los días 22 y 23 de julio.<sup>34</sup> Pero esos enfrentamientos se consideran como el eslabón inicial en la historia del movimiento estudiantil sólo en la medida en que los abusos policiacos obligaron a la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET), para ese entonces controlada por el gobierno, a convocar a una manifestación de protesta por el comportamiento de la fuerza pública en la escuela vocacional de la Ciudadela. Uno de los participantes en el movimiento, Joel Ortega, expresa paradigmáticamente esta posición: “hay algunos compañeros que cuando les preguntas cómo se originó el movimiento te dicen la estupidez de que fue a raíz del pleito de la preparatoria Isaac Ochoterena”.<sup>35</sup>

No hay estupidez alguna en tomar muy en serio los enfrentamientos de la Ciudadela. En realidad, los informes sobre los enfrentamientos del 23 de julio descubren aspectos poco tratados sobre los orígenes del movimiento estudiantil de 1968, que aparecerán de nueva cuenta entre el 26 y el 30 de julio: la incompetencia de la policía antimotines de la ciudad (los granaderos). No en balde un periódico cabeceó al día siguiente “Torpe jornada policial ante 3 000 agitados estudiantes”.<sup>36</sup> Los agentes de la Secretaría de Gobernación hicieron una evaluación sistemática del comportamiento de los granaderos durante la refriega. El documento estableció con toda claridad “la falta de coordinación” para controlar la situación, e identificó otros yerrores en el comportamiento policiaco. Resumo en dos grandes grupos las críticas de los informantes del gobierno al comportamiento de los granaderos.

<sup>34</sup> Véanse las versiones de los hechos en la Ciudadela que aparecen en RAMÍREZ, 1998, t. 1, pp. 145-146; GONZÁLEZ DE ALBA, 1980, p. 23; ZERMEÑO, 1981, p. 11; AGUAYO, 1998, pp. 123-137, y ÁLVAREZ GARÍN, 1998, pp. 30-32.

<sup>35</sup> Entrevista con Joel Ortega, en ASCENCIO, 1998, p. 111.

<sup>36</sup> *El Universal* (24 jul. 1968), en CANO, 1998, p. 5.

En primer lugar, están los juicios referidos a la técnica y táctica policiacas utilizadas aquella mañana. Los granaderos permanecieron un periodo excesivamente largo en el interior de los autobuses, a la vista de los estudiantes, lo que se tradujo en que éstos “se acostumbraran” a su presencia a tal grado que les lanzaban “mentadas de madre en porra [lo] que provocaba la risa de los ciudadanos”. Después de que los granaderos recibieron la orden de actuar “se concretaron a corretear a los estudiantes” unos cuantos metros, pero todo indica que no había un plan para controlar la protesta: cuando los granaderos “se decidieron a atacar”, unas veces lo hacían “con los rifles” de granadas lacrimógenas y otras simplemente “con macanas”. Y a veces incluso llegaron a regresar las piedras que los mismos estudiantes les acababan de arrojar. Por tanto, “el estudiantado [...] consideró que se trataba de una lucha jamás vista entre estudiantes y policías, a pedradas”. No ayudó en nada a la imagen de la autoridad que los granaderos regresaran “corriendo” a sus posiciones, lo que hizo pensar a los estudiantes que estaban haciendo “correr a la policía”. Hay aquí una rápida conclusión de los informantes: los estudiantes perdieron rápidamente “el temor a la agresión o represalia” de la policía.

En segundo lugar, deben considerarse ciertos límites que incluso una policía con las características de aquella no debía cruzar, al menos a juicio de los estudiantes y de los agentes de la Secretaría de Gobernación: en un momento de la refriega, los policías golpearon a varios estudiantes (incluyendo mujeres) en el interior de la escuela; los agentes de Gobernación —y el término es sintomático, juzgo yo— calificaron este hecho como una “agresión”. Además, la policía detuvo por un tiempo no determinado a tres estudiantes dentro de los autobuses de transporte, lo que “provocó también el enojo de los muchachos”. Todo esto habría ocasionado que los “habitantes de la zona consideraran ridícula la actuación de los granaderos” al grado que “aplaudían e incluso escondían” a los muchachos, pues los “consideraban débiles” y merecedores de “simpatía”.<sup>37</sup>

<sup>37</sup> AGN, FIPS, c. 531, t. 8, “Distrito Federal”, 23 de julio de 1968, ff. 399-400.

Nótese además cómo uno de los líderes más importantes del movimiento estudiantil, Raúl Álvarez Garín, enfatiza lo que aquella mañana se rompió, al insistir en que los estudiantes de la Vocacional fueron interceptados y golpeados por los granaderos justo “cuando consideraban terminado el conflicto [con los estudiantes de la Ochoterena] según sus propios conceptos de equidad y justicia”.<sup>38</sup>

Sabemos casi nada del entrenamiento, equipo y organización de la policía antimotines de la ciudad de México. Debemos inferir, por tanto, de otras experiencias en la misma década. La violencia policiaca puede obedecer al menos a tres razones (que se pueden presentar al mismo tiempo): puede ser un síntoma del prejuicio racial o político; puede expresar un sentimiento de impunidad de la fuerza policiaca, usualmente en el contexto de gobiernos autoritarios; o bien puede ser el resultado de la incompetencia y las carencias técnicas.<sup>39</sup> Un testimonio de una fecha más tardía (el 23 de septiembre), muestra que lo que podríamos llamar la moral de combate de la policía no era muy elevada, o al menos tenía sus altibajos. Un estudiante de la Vocacional 7 (en Tlatelolco) se acercó a un camión de granaderos estacionado frente a la escuela. En un acto temerario, el muchacho pidió cooperación económica a los policías. Para sorpresa de todos los presentes, los granaderos entregaron dinero a los estudiantes, e incluso aceptaron la propaganda de mano. En un acto de fraternización (no poco usual en los momentos de gran tensión que anteceden o siguen a la violencia física), un cabo aceptó una entrevista por megáfono con los estudiantes, parado en el toldo del autobús. En ella confesó que él y sus compañeros recibían 30 pesos por cada estudiante que entregaran a la delegación de policía. Las “regalías” por cada estudiante capturado (que eran más altas si se trataba de un dirigente del Consejo Nacional de Huelga) se establecieron cuando hubo un intento de renuncia en masa de los policías. “El granadero que habló era un hombre más bien maduro y no tenía cara de

<sup>38</sup> ÁLVAREZ GARÍN, 1998, p. 30.

<sup>39</sup> Véase MARWICK, 1998, pp. 26-31, 563-584 y ss.

palo, como suelen tenerla todos.” (Quizá no todos tienen cara de palo, lo que pasa es que no todos hablan.)<sup>40</sup>

Aunque logran filtrarse ciertos indicios, es claro que los informes de los agentes de Gobernación tienden a ocultar el grado de la violencia policiaca contra los estudiantes en la Ciudadela el 23 de julio. Pero la respuesta estudiantil que siguió a los acontecimientos del 23 la hace inocultable, porque la paliza vino envuelta en un claro agravio moral: se violó la escuela y uno podría decir que hasta el derecho de los estudiantes a pelearse entre sí. Como informaba el reportero Elías Chávez “después de cada andanada de piedras, los estudiantes pretendían entrar a sus escuelas”; pero “aparecían nuevamente los granaderos” que “volvían a provocar a los estudiantes”; finalmente, “las bombas y las macanas de los uniformados caían sobre los muchachos”.<sup>41</sup> No en balde fue precisamente esa violencia, con todo y la irrupción policiaca en el edificio de la Vocacional, las razones que llevaron a una organización estudiantil controlada por el gobierno (la FNTE) a organizar una manifestación de protesta el 26 de julio contra los excesos policiacos del 23 en la Ciudadela.

### III

Es probable que las peleas entre estudiantes fueran en realidad fenómenos más complejos, donde se mezclaban rivalidades entre escuelas según su adscripción (típicamente universitarias *vs* politécnicas), pero también disputas por el control de la escuela y su entorno entre pandillas de barrio y “porros”. Tanto miembros de la Sociedad de Alumnos de la Vocacional 5 como la directora de la Isaac Ochoterena (profesora Amanda Sánchez Soto), por ejemplo, coincidieron en un punto la misma mañana del 23 de julio: que la zona de la Ciudadela había sido elegida por una pandilla llamada “Los Nazis” para vender protección al comercio,

<sup>40</sup> El testimonio es de Antonio Careaga, vendedor de ropa, y aparece en PONIATOWSKA, 1989, pp. 80-81.

<sup>41</sup> *El Universal* (24 jul. 1968), en CANO, 1998, p. 5.

de donde se infiere que su presencia en la escuela y sus alrededores era cotidiana. De hecho, los estudiantes de la Vocacional responsabilizaron directamente a “Los Nazis” de ser los instigadores del enfrentamiento de unos momentos antes.<sup>42</sup> Y para José Agustín, quien ha mostrado especial sensibilidad para entender los mundos de vida de los jóvenes, “Los Nazis” era una de las pandillas “más gruesas”, y se había instalado “en las fronteras de la delincuencia”.<sup>43</sup> Testimonios tempranos y tardíos sobre los orígenes de la protesta estudiantil también consideran que las disputas entre pandilleros fueron muy importantes en las zacapelas del 22 y 23 de julio de 1968 en la Ciudadela.<sup>44</sup>

Raúl Álvarez Garín define a los porros como “grupos de choque financiados por las autoridades para mantener el control de las escuelas”.<sup>45</sup> Para Javier Barros Sierra, el rector de la Universidad Nacional en 1968, el porrismo representaba una forma de intervención política en las escuelas universitarias por parte del gobierno. A su juicio, tanto el control del presupuesto como la utilización de “estos grupos de choque” (así define a los porros) formaron parte de una política deliberada contra las universidades públicas a partir de 1966. La “importancia política” de los porros fue ampliamente

<sup>42</sup> Ambas declaraciones en AGN, FIPS, c. 531, t. 8, 23 de julio de 1968, ff. 401-402. Del informe se desprende que los miembros de la Sociedad de Alumnos están argumentando ante un teniente coronel Farías, de los granaderos. No queda claro con quién habla la directora de la escuela Ochoterena, aunque es probable que lo haga con el oficial de la policía antimotines.

<sup>43</sup> AGUSTÍN, 1996, p. 37.

<sup>44</sup> Para un testimonio temprano, véase GONZÁLEZ DE ALBA, 1980, pp. 22-23. Para otro testimonio de un protagonista, pero escrito 30 años después, ÁLVAREZ GARÍN, 1998, p. 30, quien menciona la participación de porros en los enfrentamientos de esos días. En cambio, ZERMEÑO, 1981, p. 11 y JARDÓN, 1998, p. 30 se refieren a las pandillas de “Los arañes” y “Los ciudadelos” como participantes muy importantes en los enfrentamientos del 22 y 23 de julio. Al menos cinco periódicos capitalinos (*El Día*, *Excelsior*, *El Universal*, *El Heraldo de México* y *El Sol*) recogieron en su edición del 25 de julio la versión de la Secretaría de Educación Pública de que los responsables de las batallas de la Ciudadela eran “Los arañes” y “Los ciudadelos”; ver el facsímil de las notas en CANO, 1998, pp. 6-7.

<sup>45</sup> ÁLVAREZ GARÍN, 1998, p. 30n.



te reconocida “por quienes los han manejado siempre, como bien se sabe: altos funcionarios del gobierno federal”. Sin embargo, Barros Sierra pensaba que el porrismo como fenómeno en la Universidad Nacional adquirió una calidad mucho más perversa sólo después de que el movimiento estudiantil de 1968 entró en reflujo. Hacia 1969, “la impunidad para esos delincuentes [...] era francamente insoportable”. Durante el movimiento estudiantil propiamente dicho “hubiera sido temerario que cualquier grupo [de porros] manifestara su disidencia”. De hecho, para Barros Sierra, la huelga de 1968 permitió a esos grupos reorganizarse, y permitió a sus “manejadores” brindarles “todos los elementos para que, al reanudarse las clases y regresar los estudiantes a las aulas”, comenzaran “nuevamente a actuar”.<sup>46</sup>

Como es escasa la literatura académica sobre pandillerismo y porrismo en la ciudad de México para el periodo anterior a 1968, las definiciones y caracterizaciones de Álvarez Garín y Barros Sierra —muy similares— son útiles porque ayudan a considerar el fenómeno en una de sus modalidades más importantes, esto es, como forma de control y corrupción gubernamental de los estudiantes de las escuelas públicas de grado de bachillerato y profesionales. Sin embargo, tales aproximaciones son quizá demasiado estrechas, simplemente porque el fenómeno es más complejo de lo que parece a simple vista. Veamos cómo una definición más elástica, no tanto del porrismo, sino de la vida estudiantil en cuyos intersticios y límites germinó aquél, auxilia en el entendimiento del comportamiento de ciertos grupos estudiantiles en el verano de 1968. Es como si debiéramos empezar a reconocer la existencia de un mundo juvenil, estudiantil y barrial amplio, diverso, pero sobre todo fluctuante.<sup>47</sup>

<sup>46</sup> BARROS SIERRA, 1972, pp. 98-101.

<sup>47</sup> Un mundo, además, que en el caso de Guadalajara alcanzó dimensiones verdaderamente trágicas hacia finales de la década de 1960 y principios de la siguiente; ver el trabajo de AGUAYO, 2001, pp. 145 y ss., para una reconstrucción muy sugerente de los ambientes del barrio San Andrés y de la inserción de algunos de sus jóvenes en la política estudiantil de la Universidad de Guadalajara.

Uno de los líderes más importantes de la protesta estudiantil de 1968, Eduardo Valle (mejor conocido como el “Búho”) es un ejemplo impresionante. Egresado de la Preparatoria 2 y estudiante de la Escuela Nacional de Economía de la UNAM al iniciarse el movimiento estudiantil, su experiencia es a un tiempo típica y excepcional. Hijo de un “obrero del transporte” y de “una maestra de escuela”, creció en el barrio de La Merced (muy cerca de la Preparatoria 2). Al momento de terminar el bachillerato fue reclutado por la Juventud Comunista. Sin embargo, no perdió nunca —es su versión— cierto tipo de relaciones con los muchachos del barrio y de la escuela (en este caso, la Preparatoria 2): “yo era [...] de La Flota, de los porros pues”. Precisamente por ese antecedente, los militantes de izquierda de la Preparatoria, “cada vez que tenían problemas, cuando los iban a golpear, iban con el Buhíto, para que el Buhíto interviniera y se calmaran las cosas”. En términos generales, “los porros no se metían [con los militantes de izquierda en las escuelas] porque se les respetaba”; no obstante “había muchas veces consignas de que había que atacarlos [a los militantes] y entonces los atacaban los elementos más corrompidos, los elementos más pervertidos de la porra”. Pero incluso en este caso, “cuando hubo consigna de lastimarlos, de molestarios [...] se actuaba de otra forma [...] no se actuaba [...] como contra otra persona común y corriente [...] se actuaba [...] respetándolos incluso a la hora de un enfrentamiento”. Por lo demás, no hay ambigüedad alguna en la manera en que el Búho se ubica en aquel universo sociocultural: “muchos de nosotros, de la gente que peleaba, de la gente vaga [...] de la gente que estaba a un pasito de la delincuencia juvenil, los respetábamos mucho, porque eran gente inteligente, porque eran gente inquieta y además eran gente valiente”.<sup>48</sup>

Al menos dos testimonios recientes han insistido en la necesidad de reconocer el papel jugado en los enfrentamientos entre estudiantes y policías por los porros y pandi-

<sup>48</sup> Entrevista con Eduardo Valle en JARDÓN, 1998, p. 230.

lleros.<sup>49</sup> Uno de esos testimonios (el de Jorge Poo), que es también una reflexión metodológica y temática sobre la protesta estudiantil, resulta muy esclarecedor para entender los vínculos entre la protesta asimilada y racionalizada políticamente (en el pliego petitorio, en las manifestaciones y en las conferencias de prensa) y la dinámica de la respuesta “desde abajo” a la violencia policiaca. Según Poo, aunque no usa esos términos, existe el peligro de una mistificación de la historia del movimiento estudiantil si sólo se reconoce como agente de la protesta antiautoritaria al estudiante “normal”, por así decirlo, aun cuando éste provenga de escuelas que indudablemente tenían alumnos de extracción popular (el Politécnico, la Escuela Normal y la Escuela Nacional de Agricultura). En cambio, Poo sugiere considerar el papel de los “jóvenes con tendencias lumpenes [sic], porros de izquierda, jugadores de fútbol americano, estudiantes con tendencias destructivas”, quienes, al lado de los más idealistas y politizados, soportaron el mayor esfuerzo en la resistencia y la respuesta a la policía en julio, agosto y septiembre.<sup>50</sup>

Francisco Reyes Méndez tenía 17 años cuando fue detenido el 25 de septiembre de 1968, al momento de incendiar una motocicleta de la policía en la avenida Reforma (en la glorieta de La Diana). Aprendiz de mecánico automovilístico, soltero y “católico”, Francisco vivía en el centro de Azcapotzalco. Carlos Cavagne Mendoza, 19 años, soltero, con educación primaria solamente, “libre pensador”, vivía en la colonia Reynosa, también en el rumbo de Azcapotzalco. Por los extractos de sus declaraciones en poder de la Dirección Federal de Seguridad, es más o menos claro que a ambos se les trató de involucrar con la existencia de un supuesto “comando” (“autorizado” por el Consejo Nacional de Huelga) para crear “toda clase de violencia”. Pero sin detenernos en las estrategias de proscripción de la policía política mexicana, resaltan las modalidades de incorporación de esos dos muchachos a la dinámica del mo-

<sup>49</sup> JARDÓN, 1998, pp. 20-21 y Poo, 1998, pp. 123-130.

<sup>50</sup> POO, 1998, p. 127.

vimiento estudiantil o, para ser más específico, al mundo de las escuelas insurrectas que resistían el embate de las policías (y a veces de los soldados).

Carlos Cavagne leyó en la prensa que el edificio de la Vocacional 7 (en Tlatelolco) había sido balaceado. Fue a esa escuela para ver las “huellas” de los disparos, y ahí mismo ofreció su cooperación a los estudiantes “para pedir donativos para el movimiento y repartir propaganda”. Fue aceptado de inmediato, y quedó integrado a las comisiones de propaganda y finanzas de la escuela donde trabajó “varios días”. Francisco Reyes, por su parte, notó que después del 26 de julio “llegaban grupos de estudiantes y efectuaban mítines” en su colonia. Sintió simpatía por los estudiantes y “decidió unirse a los mismos” después de una invitación que le hiciera Carlos Cavagne. En los testimonios de ambos jóvenes —que tenían la edad de un estudiante de bachillerato o de primer año en una escuela profesional— la condición de posibilidad para integrarse al movimiento eran las formas preexistentes de sociabilidad en los barrios: Cavagne “acostumbraba reunirse con sus amigos en el jardín de Tacuba y en el pasaje denominado San Pedro” y era —según Francisco Reyes— “el jefe de una pandilla que operaba en Azcapotzalco y que acostumbraba reunirse en la avenida de las Torres”. Claramente se percibe una furia compartida entre los estudiantes y sus jóvenes aliados de las pandillas. El 23 de septiembre, Cavagne, Reyes y unos 20 muchachos (todos estudiantes) estaban reunidos en la Vocacional 7, pero fueron desalojados por los granaderos. Enardecidos por el desalojo, incendiaron un autobús en la colonia Guerrero, y luego se refugiaron en el casco de Santo Tomás (donde estaba buena parte de las escuelas profesionales del Instituto Politécnico Nacional), del cual fueron desalojados otra vez por el ejército en la madrugada.<sup>51</sup>

<sup>51</sup> AGN, FIPS, c. 2876, “Extracto de las declaraciones de Francisco Reyes Méndez”, 30 de octubre de 1968; “Extracto de las declaraciones de Carlos Cavagne Mendoza”, 30 y 31 de octubre de 1968, ff.11-12. Ambos documentos tienen las iniciales DFS (por Dirección Federal de Seguridad) en la parte superior derecha. En ninguno de los dos documentos

Muchachos como Cavagne y Reyes (que no eran estudiantes) encontrarán un ambiente, una experiencia y unas formas de organización básicas en ciertas escuelas, donde fueron aceptados como socios de la furia colectiva. Es así imaginable una respuesta que reúna a los muchachos que no son estudiantes (y que pueden estar en el camino del pandillerismo) con los estudiantes más politizados. Pero habría que decir también que la historia de algunos estudiantes con una trayectoria política identificable no ha sido ciertamente fácil. En 1968 David Vega (hijo de un profesor rural cardenista) era estudiante en la Escuela Superior de Ingeniería Textil y miembro de las Juventudes Comunistas. Aunque él no se ubica en esa tierra de en medio entre la vida de "los vagos" y la militancia política (como el "Búho"), sí en cambio su trayectoria es un ejemplo de la intensidad y las asperezas de la actividad política en las organizaciones estudiantiles (incluso oficialistas) en los años previos al movimiento estudiantil: Vega ha militado como disidente en la organización estudiantil controlada por el gobierno (la FNET), y precisamente por eso ha acudido a sus congresos y asambleas, donde ha tenido un desempeño muy activo y apasionado; al iniciarse la protesta estudiantil está acostumbrado a las presiones y agresiones (incluso físicas) dentro de la FNET, la última organización estudiantil oficialista. Gilberto Guevara Niebla, uno de los "históricos" del 68, estudiante de la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional ha reparado, asimismo, en las dificultades cotidianas de un muchacho que ha migrado desde Sonora y que hacia 1964 vivía en una casa de estudiantes (en la colonia Guerrero, un barrio popular por excelencia), donde pasó hambre y frío con otros 140 estudiantes, pero donde desarrolló también un fuerte sentido de pertenencia al mundo estudiantil y a la escuela, quizá porque "la vida de la casa era violenta y teníamos frecuentes broncas con los chilangos. A cada rato salíamos madreos de las fiestas". Guevara Niebla fue presidente de la sociedad de alumnos de la Facultad de Cien-

---

hay indicios de que las declaraciones hayan sido tomadas por un agente del Ministerio Público o por un juez.

cias en 1964, participó en un movimiento estudiantil contra el gobernador de Puebla e ingresó a las Juventudes Comunistas (que abandonó en 1967). Hacia 1968, claramente era un joven experimentado en la política estudiantil universitaria.

Raúl Álvarez Garín (quien estudió también en la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional entre 1960-1963, y luego en la Escuela Superior de Físico-Matemáticas del Politécnico entre 1964-1967), fue uno de los principales líderes y estrategas de la protesta estudiantil. Su trayectoria en la política universitaria es quizá la más amplia y extensa de cualquiera de los personajes notables de 1968. Como Vega y Guevara Niebla, fue miembro de las Juventudes Comunistas, aunque fue expulsado en 1965. Pero quizá uno de los rasgos más importantes de Álvarez Garín era su conocimiento de los mundos estudiantiles de la UNAM y del Politécnico, con sus similitudes, pero sobre todo, con sus grandes diferencias. Resultan especialmente significativos sus recuerdos de dos fenómenos en los años previos a 1968, que a su juicio era causa de la cohesión y del espíritu de cuerpo entre los estudiantes politécnicos: en primer lugar, la temprana maduración de los muchachos (sobre todo de los que se han trasladado desde la provincia a la ciudad de México), “precisamente por la necesidad de resolver problemas de la vida diaria de manera independiente”; en segundo lugar, “los problemas de solidaridad humana” que los estudiantes enfrentaban “compulsivamente”, es decir, en un círculo muy eficiente de argumentos y prácticas donde lo consensual y lo coercitivo son difíciles de separar. Un día “llegó [a una escuela del Politécnico] una comisión [de estudiantes] y le quitó los relojes a todo el mundo” con el fin de empeñarlos en el Monte de Piedad y usar el dinero en el tratamiento médico (quizá una operación quirúrgica) “de un compañero” pobre y solo.<sup>52</sup>

<sup>52</sup> “Una vida en el Politécnico. Entrevista con David Vega”, “La academia de un protagonista. Entrevista con Gilberto Guevara Niebla” y “Los años de la gran tentación. Entrevista con Raúl Álvarez Garín”, todas en BELLINGHAUSEN (coord.), 1988, pp. 43-47, 35-42 y 25-31, respectivamente.

## IV

Los acontecimientos del 26 de julio son de otra escala, pero están directamente vinculados con las refriegas del 22 y 23. Esa tarde se realizaría la manifestación de la FNET para protestar por el comportamiento policiaco en la Ciudadela. También se programó otra manifestación, ésta organizada por la Confederación Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED) y la Juventud Comunista, para conmemorar la revolución cubana. Siguen siendo poco claras las razones por las cuales las autoridades “permitieron” dos manifestaciones el mismo día en la ciudad de México. Para los estilos de la época, el gobierno de la ciudad bien pudo decidir —sin muchos costos políticos— autorizar una sola o ninguna de las dos. Se ha especulado que esa doble autorización estaría relacionada con una maquinación gubernamental para crear algún pequeño disturbio, y aprovechar la coyuntura para encarcelar a los disidentes más incómodos del gobierno (los comunistas y otros pequeños grupos de izquierda), que no serían liberados, sino después de la terminación de los juegos olímpicos, a fines de octubre de ese año. Como reconocía el documento de la CIA citado antes, encarcelar con cualquier argumento a la disidencia de izquierda era una práctica establecida en México, sobre todo en vísperas de un acto donde hubiese presencia estadounidense (las visitas de Kennedy o de Johnson son buenos ejemplos).

Ciertamente no puede descartarse la hipótesis de la provocación gubernamental en la doble autorización del 26 de julio. Pero esta explicación pierde de vista la inminencia de los juegos olímpicos (programados para octubre), con la presión —a mi juicio asfixiante— que éstos ejercían para ese entonces sobre el gobierno mexicano.<sup>53</sup> Esta explicación omite asimismo que para julio de 1968 el gobierno mexicano sabía perfectamente que sus disidentes más cons-

<sup>53</sup> He tratado de revalorar la organización de los juegos olímpicos de 1968 como un verdadero hito en la historia contemporánea de México en dos trabajos: RODRÍGUEZ KURI, 1998 y RODRÍGUEZ KURI, 2003.

pícuos, y específicamente el Partido Comunista, habían ubicado la olimpiada más como un espacio de denuncia de la situación internacional (la guerra de Vietnam, el racismo en Sudáfrica y el hambre en los países pobres) que propiamente como una oportunidad de confrontación directa con el gobierno.<sup>54</sup>

Es más probable que la explicación sea más pedestre y menos maquiavélica, y esté relacionada con aspectos inmediatos de la coyuntura. En otras palabras, sugiero que las autoridades de la ciudad evaluaron la situación con una confianza excesiva en su propia sapiencia política y en los recursos de control y represión disponibles. Quizá los supuestos desde los que razonaron puedan ser los siguientes: en principio, las manifestaciones no deberían coincidir en sus respectivas trayectorias; en segundo lugar, la demostración de la FNET sería, en todo caso, la de una organización controlada por el gobierno, que protestaba por unos hechos muy acotados: una zacapela con la policía afuera de una escuela; en tercer lugar, era previsible que la manifestación de la CNED y la Juventud Comunista contaría con apenas unos cientos de asistentes; y, por lo demás, ninguna de las dos marchas contemplaba llegar al Zócalo, que era preservado a rajatabla como un espacio exclusivo del presidente para sus ejercicios rituales frente a las masas.

Prácticamente ninguno de estos supuestos se cumplió. El punto de quiebre fue la decisión de unos 2000 o 3000 estudiantes del Politécnico de dirigirse por su propia cuenta al centro de la ciudad, una vez terminada la manifestación de la FNET (que caminó de la Ciudadela al casco de Santo Tomás). Para el trayecto (muy largo) desde Santo Tomás a San Juan de Letrán (a la altura de Bellas Artes) los muchachos “secuestraron” camiones del servicio público, y habrían arribado a la Alameda poco antes de las siete de la noche. Es obvio que esos estudiantes querían ser vistos y oídos, y que consideraron que una manifestación que sólo

<sup>54</sup> Ver los informes de la Dirección Federal de Seguridad sobre la “política olímpica” —el término es mío— del Partido Comunista en AGN, ADFS, E-11-142-68, H-317, L-10, 18 de junio de 1968.



iba de una escuela a otra (en el casco de Santo Tomás estaban varias escuelas profesionales del Instituto Politécnico) no era suficientemente atractiva para mostrar todo su enojo. Además, fue muy eficiente el trabajo de agitación de algunos estudiantes más politizados del Politécnico, como el caso de David Vega (de las Juventudes Comunistas) quien entre corretizas y pedradas de los dirigentes oficialistas, logró convencer a algunos grupos de manifestantes de la FNET (incluso a uno de sus dirigentes) para dirigirse a la zona más céntrica de la ciudad.<sup>55</sup>

Si con toda seguridad la FNET era una organización estudiantil controlada por el gobierno, ello no significaba que no tuviera contingentes de carne y hueso, y que éstos no fuesen capaces de expresar sus agravios de una manera espontánea. Los dirigentes de la FNET fueron totalmente desbordados, y son varios los testimonios de que fueron esos dirigentes los que avisaron a la policía que la manifestación de la Ciudadela al casco de Santo Tomás se estaba desintegrando por las deserciones de los que querían ir al centro de la ciudad.<sup>56</sup> Esos muchachos (estudiantes de los bachilleratos y escuelas profesionales del Politécnico), que no estaban politizados en el sentido más estricto del término, pero que portaban consigo una intuición precisa y apremiante de lo que significaba la justicia, fueron los primeros que trataron de llegar al Zócalo aquella tarde, por Cinco de Mayo y Madero. Fueron rechazados con violencia por los granaderos, que utilizaron macanas y gases lacrimógenos; pero otra vez los granaderos actuaron con incompetencia o mala fe: “no podíamos retroceder”, recordaría un alumno del Politécnico, “pues nos habían cortado todas las retiradas”. Muchos estudiantes tuvieron inmediatamente la sensación de haber caído en un “cerco” deliberado “en una

<sup>55</sup> ÁLVAREZ GARÍN, 1998, pp. 31-32 y JARDÓN, 1998, p. 30. Véase el testimonio de Vega en “Las batallas del Politécnico”, en BELLINGHAUSEN (COORD.), 1988, pp. 81-82.

<sup>56</sup> Véase *El Sol de México* (27 jul.), en CANO, 1998, p. 9, que en el sumario de un encabezado escribió “Las fuerzas del orden intervinieron en auxilio y a petición de la FNET”.

calle tan estrecha como Madero”. Otro estudiante del Politécnico lo dijo plásticamente: “en Palma [esquina con Madero], los granaderos nos hicieron sandwich”.<sup>57</sup> Ahora bien, al huir de la trifulca algunos estudiantes politécnicos retrocedieron hasta encontrar el mitin de la CNED en el Hemiciclo a Juárez (entre 700 y 2000 personas, según la fuente). El potencial energético y político de ese encuentro era enorme: unos jóvenes plebeyos, apaleados, con los agravios de dos días de golpizas a cuestras, se reunieron con otros jóvenes, más politizados, que conmemoraban la revolución cubana, pero que estaban, asimismo, dispuestos a expresar su enojo por motivos más pedestres, locales e inmediatos. Según testimonios, aquella confraternización del todo inesperada se galvanizó al grito “¡Zócalo! ¡Zócalo!”, consigna que —según reporte policiaco— muy probablemente surgió de los estudiantes politécnicos y no de los jóvenes comunistas.<sup>58</sup> En algún momento alrededor de las ocho de la noche, una segunda intentona, pero ahora de los contingentes fusionados, avanzó por las calles de Tacuba y Cinco de Mayo. Otra vez fueron bloqueados y rechazados por los granaderos.

No hay ninguna sorpresa que el comportamiento brutal y aparentemente errático de la policía aquella tarde y aquella noche haya sido uno de los elementos más importantes para pensar, otra vez, en una provocación gubernamental contra los estudiantes.<sup>59</sup> En abono de esta hipótesis se proyecta uno de esos datos que han alcanzado proporciones míticas en la explicación de los orígenes del movimiento estudiantil: que los botes de basura del centro de la ciudad

<sup>57</sup> GONZÁLEZ DE ALBA, 1980, p. 26. Testimonio de Jaime García Reyes en “Las batallas del Politécnico”, en BELLINGHAUSEN (coord.), 1988, p. 82.

<sup>58</sup> Al menos así se desprende del testimonio sorprendentemente útil de esos instantes cruciales que es el “Parte policiaco no. 6” de la Policía Judicial Federal, firmado por el agente Arturo Pretelin Novoa, y publicado en *Los procesos*, 1970, pp. 371-372. Véase, asimismo, JARDÓN, 1998, p. 30 y AGUAYO, 1998, p. 125, n. 4.

<sup>59</sup> ÁLVAREZ GARÍN, 1998, pp. 38-39 profundiza en la idea de una provocación, específicamente de Alfonso Corona del Rosal, Jefe del Departamento del Distrito Federal.

estaban llenos de piedras, con el fin supuesto de que los estudiantes las utilizaran contra la policía. A este último respecto, no hay evidencia concluyente. Jaime García Reyes, quien jugó un papel muy importante en convencer a los muchachos de la FNET para desviar su manifestación al Zócalo, de plano dijo: “No recuerdo que hubiera piedras en los basureros. Nosotros hicimos las piedras con las alcantarillas” (se entiende: estrellándolas contra el piso y usando los fragmentos de concreto como proyectiles). Más aún, un agente policiaco que estuvo muy cerca de la refriega informó que “los estudiantes recogieron piedras de las bases de los árboles para repeler los ataques de los granaderos”.<sup>60</sup>

A menos que la exploración de archivos y otras fuentes muestre indicios más fuertes de una provocación, deben considerarse otras explicaciones que iluminen las razones por las que la policía convirtió el centro de la ciudad de México en un verdadero campo de batalla el 26 de julio. Por lo pronto sugiero dos, que son reiteraciones —eso sí, a otra escala— de lo acaecido en las jornadas de la Ciudadela tres días antes: que a los hábitos autoritarios de la policía capitalina debe sumarse otra vez su incompetencia técnica y táctica en el manejo de multitudes, es decir, de los miles de jóvenes enfurecidos por golpizas injustificadas; en segundo lugar, que la bellaquería policiaca se tradujo instantánea-

<sup>60</sup> Véase el testimonio de Reyes en “Las batallas del Politécnico”, en BELLINGHAUSEN (coord.), 1988, pp. 82-83 y el reporte policiaco en *Los procesos*, 1970, p. 372. Al parecer, el primer testimonio sobre las piedras en los botes como vinculado a una provocación aparece en la primera edición (febrero de 1971) del libro de GONZÁLEZ DE ALBA, 1980, p. 18; luego lo repiten PONIATOWSKA, 1989, p. 275; ÁLVAREZ GARÍN, 1998, pp. 37-38, y JARDÓN, 1998, p. 30. Otro líder importante del futuro movimiento, Sócrates Campos Lemus, da cuenta de las piedras en los botes de basura, pero confiesa que se “lo contaron [...] algunos chavos golpeados”, pues esa tarde él estaba en Santo Tomás; véase CAMPOS LEMUS y SÁNCHEZ MENDOZA, 1998, pp. 46-48. Sin embargo, la crónica de Ramón Ramírez, que es una glosa de la prensa muy bien hecha, no menciona en absoluto las piedras en los basureros; véase RAMÍREZ, 1998, vol. 2, pp. 149-152. Luis González de Alba ha demandado que la hipótesis de las piedras en los basureros sea sometida a una verificación muy cuidadosa; GONZÁLEZ DE ALBA, 1993, p. 24.

mente en la certeza de los estudiantes de que aquélla había rebasado ciertos límites respecto a los estudiantes, pero también respecto al ámbito cultural y físico de las escuelas.

Un hecho seguramente contribuyó a calentar más los ánimos —si esto era posible. “Desde el principio de la lucha”, decía *El Universal*, “el general Raúl Mendiola Cerecero, subjefe de la policía [...] estuvo coordinando la labor de sus subalternos, indicándoles la forma en que debían repeler a los estudiantes”. La presencia de este alto mando de la policía la confirma una crónica en *La Nación* (órgano oficial del Partido Acción Nacional), que además registró que Mendiola recibió “una pedrada” en el momento en que trataba de “disuadir a los que incitaban al desbordamiento anarquizante” (y nótese el vocabulario). Jaime García Reyes, de la Escuela Superior de Economía, recuerda que Mendiola Cerecero encabezó a la “policía de civil” para “meterse entre nosotros, dar pequeños golpes y desbaratar la manifestación”. Los estudiantes habían reconocido al subjefe policiaco “y cuando lo tuvimos a tiro lo apedreamos”. Un joven de 21 años de edad, que no era estudiante y que, sin embargo, fue arrestado, recordaría haber visto llegar un contingente de la policía a la esquina de avenida Juárez y San Juan de Letrán, encabezado por “un señor de civil con un sombrero de ala ancha”.<sup>61</sup>

Hacia las ocho y media de la noche, entre San Juan de Letrán y el Zócalo, los ánimos ardían. No podía ser de otra manera. De una parte, ya corría el rumor de que dos estudiantes habían muerto. De la otra, era no sólo indiscutible que los estudiantes estaban siendo agredidos, sino que al agravio de la agresión física sumaron la humillación de descubrir que el segundo jefe policiaco de la ciudad dirigía personalmente la golpiza. Peor aún, la violencia que se ex-

<sup>61</sup> *El Universal* (27 jul.), reproducido en RAMÍREZ, 1998, vol. 2, p. 150. *La Nación* (15 ago.), reproducido en MEDINA, 1990, pp. 13-14. Testimonio de Jaime García Reyes en “Las batallas del Politécnico”, en BELLINGHAUSEN (coord.), 1988, p. 83. Es muy interesante el testimonio del joven Miguel Ángel Méndez sobre el sujeto con el sombrero de ala ancha, pues su declaración ante el Ministerio Público es del 27 de julio; *Los procesos*, 1970, pp. 508-509.

tendió en círculos concéntricos creó situaciones peculiares, pero siempre dentro de la lógica del agravio a los jóvenes, de la incompetencia policiaca y de la rebeldía que entra en *momentum*. Raúl A. Cacho, 16 años, estudiante de la Preparatoria 9, caminaba con un grupo de amigos por avenida Hidalgo (al parecer su paseo no tenía nada que ver con ninguna de las dos manifestaciones). Cacho y sus compañeros vieron venir a “un muchacho con la cabeza sangrando” que huía de la Alameda. El grupo, alarmado e indignado, decidió regresar a su escuela, y enfiló hacia el norte por avenida Reforma. Un momento después toparon con “tres granaderos, quizá rezagados”. Alguien gritó “sobre ellos”, y “por inercia” (furia, coraje, indignación) los adolescentes atacaron a los uniformados. “Dos o tres golpes y corren”, huyen, escapan ¡los granaderos! Botín de guerra: “dos cascos y una macana”.<sup>62</sup>

Es uno de los puntos clave de la jornada del 26 de julio el comportamiento de los granaderos no sólo con los manifestantes de la FNET y la CNED, sino con los muchachos de las escuelas Preparatorias 1, 2 y 3 de la Universidad Nacional. ¿Por qué estos últimos fueron tan intempestiva y brutalmente atacados por los granaderos si, primero, no participaron en las manifestaciones de aquella tarde y si, además, la ubicación física de las escuelas (al noreste del Zócalo) hacía improbable que los granaderos los confundieran con los manifestantes que se esforzaban por llegar al Zócalo desde el oeste? La respuesta no por obvia es menos sugestiva de los comportamientos de los jóvenes estudiantes en julio: fueron alumnos de la Vocacional 5 los que corrieron —uno casi podría decir que por instinto— a refugiarse e iniciar “una protesta por el barrio universitario”; lógicamente, entraron a los edificios de San Ildefonso y de Primo de Verdad (edificios sede de las escuelas Preparatorias 1, 2 y 3) a pedir apoyo a los preparatorianos. La policía de inmediato “tendió un cordón” para aislar el área.<sup>63</sup>

<sup>62</sup> CACHO, 1993, p. 17.

<sup>63</sup> Testimonio de David Vega, en BELLINGHAUSEN (COORD.), 1988, p. 82.

Estamos ante un cambio cualitativo en medio de la refriega del 26 de julio. Porque no fue sólo la policía la que acordonó físicamente el barrio universitario del centro de la ciudad. Es probable que los estudiantes (tanto los que huían de los enfrentamientos entre granaderos y manifestantes, como los que salían de clases en esos momentos) hayan reconocido, en cierta forma revalorado, su pertenencia al espacio físico y simbólico de las escuelas (los edificios de San Ildefonso y Primo de Verdad), incluyendo las calles aledañas, y hayan optado por defenderlo (para defenderse a sí mismos) de lo que consideraron un ataque totalmente injustificado y, más importante aún, inédito. Así, entonces, quizá podamos hacer una lectura más fina de las declaraciones de dos testigos involuntarios de la zapapala, quienes no eran estudiantes, pero que recordarían cómo los preparatorianos atrincherados gritaban a todo pulmón “policías cabrones vengan a sacarnos de aquí” o bien “vénganse policías cabrones”.<sup>64</sup> La noche del 26 de julio y los días subsiguientes, especialmente la noche y madrugada del 29 y 30 de julio, serán testigos de este fulminante proceso de apropiación material y emocional de un ámbito de parte de los jóvenes en rebelión.

Un saldo extraordinario del 26 de julio fue la reunión inusitada de distintas subespecies del mundo escolar, unificadas todas por la necesidad de defenderse de la policía. Otra vez Luis González de Alba ha dejado uno de los escasos testimonios de estas primeras horas del movimiento estudiantil de 1968. En su crónica de la noche del 26 de julio en San Ildefonso (sede de las Preparatorias 1 y 3) aparece el director de la escuela, “una persona alta que llevaba una gabardina de color claro”, que, nótese, “organizaba la defensa del edificio”. Aparecen, más aún, “las porras”, quienes en ese momento hacían el papel de guardias del edificio, de acuerdo con el director (esto obligó al cronista a una rápida reflexión: “pensé que mientras ayudaran a defender el

<sup>64</sup> Los testimonios son de Miguel Ángel Méndez, desempleado y Mario Flores, tejedor, en sus declaraciones ante el Ministerio Público el 27 de julio de 1968. Véanse ambas declaraciones en *Los procesos*, 1970, pp. 508-509.

edificio, no estaría mal su presencia”). Apareció, en fin, un estudiante del Politécnico “que tenía los dedos rotos [...] y había buscado refugio en la prepa durante la persecución”.<sup>65</sup> He aquí, apenas en unas líneas (no obstante, magistrales), buena parte del contingente humano del movimiento estudiantil: el funcionario universitario, unos porros, un estudiante lastimado del Politécnico que se ha refugiado en una escuela que no era la suya, y el cronista, que ya entonces era un militante reconocido de la izquierda universitaria. Eran apenas las 11 de la noche del 26 de julio.

Apenas las 11 de la noche: para entonces se presentó otro fenómeno notable, que describe por sí mismo la falta de método —por llamarle de alguna forma— de la policía de la ciudad. Según testimonios incorporados a los juicios de 1969-1970 contra los dirigentes de la protesta estudiantil, la fuerza pública se dio a la tarea de arrestar a cuanta persona caminara cerca de la refriega entre estudiantes y policías, quizá con la única condición de que los transeúntes fueran relativamente jóvenes. De 27 testimonios publicados, sólo dos pertenecen a estudiantes. Los 25 restantes (todos varones) son testimonios de pintores, empleados de tiendas de abarrotes, repartidores de mercancías, electricistas, mozos, y así por el estilo. Una buena parte de los apresados argumentó ante la policía que estaban en el barrio universitario sólo porque venían de sus trabajos y habían descendido de algún transporte público (autobús, tranvía o pesero) para transbordar o caminar a su casa. Casi todos los arrestados se han detenido ante el espectáculo de unos jóvenes iracundos refugiados tras unas barricadas, hechas casi siempre de autobuses de pasajeros con llantas desinfladas. Casi todos han sido capturados cuando a la voz de “viene la policía” han corrido sin mucha convicción de a dónde dirigirse, y han sido atrapados por la policía que de inmediato los ingresó a las patrullas, “julias” y *jeeps*. Esos jóvenes no contaban entre su repertorio el refugio “natural” del edificio escolar de las escuelas Preparatorias.<sup>66</sup>

<sup>65</sup> GONZÁLEZ DE ALBA, 1980, p. 27.

<sup>66</sup> Véanse los 27 testimonios en *Los procesos*, 1970, pp. 491-512.

Sábado 27 de julio. Continúa el fenómeno de apropiación del espacio de las escuelas de bachillerato. La policía parece reconocer la existencia de una frontera: el teniente coronel Ramón Ruiz Torres, subjefe de Tránsito de la ciudad de México, ha pasado la noche entera “de guardia” en la esquina de Seminario y Guatemala, donde comienza el barrio universitario si uno camina desde el Zócalo. Pero los estudiantes no estaban para metáforas: “en cada bocacalle tendieron una cuerda y destacaron veinte estudiantes, quienes impedían el acceso a cualquier persona que no fuera estudiante. En todo momento pedían identificación”. Hacia la una de la tarde olvidaron la cuerda e hicieron barricadas con autobuses a los que desinflaron las llantas.<sup>67</sup> Pero el mensaje de los estudiantes encerrados en el barrio era mucho más fuerte e inequívoco; a los autobuses se les extrajo la gasolina y ésta se desparramó en el interior como una clara amenaza de que serían incendiados si la policía intentaba rebasar las barricadas. González de Alba recuerda que al menos un camión ardía afuera de San Ildefonso la noche anterior.<sup>68</sup>

El secuestro de autobuses era ya un recurso típico en las protestas estudiantiles de la ciudad de México. No es una coincidencia que uno de los recuentos históricos de los movimientos estudiantiles se detenga en la movilización de 1958. Diez años antes, y con motivo del aumento en las tarifas, estudiantes de la Universidad Nacional y el Instituto Politécnico organizaron una protesta que incluyó manifestaciones, secuestro de autobuses y aun enfrentamientos violentos contra el personal (“pistoleros”, los llama un autor) de la Alianza de Camioneros (la organización patronal que monopolizaba el transporte en el valle de México). Los es-

<sup>67</sup> *El Universal* (28 jul.), reproducido en RAMÍREZ, 1998, vol. 2, p. 152. Raúl Álvarez Garín presenta un plano donde se localizan las barricadas hechas con los autobuses el lunes 29 de julio: esquinas de Argentina y Venezuela, San Ildefonso y Correo Mayor, Justo Sierra y Correo Mayor, Lic. De Verdad y Guatemala, Seminario y Tacuba, Donceles y Argentina, y Cuba y Brasil. Véase ÁLVAREZ GARÍN, 1998, pp. 32-33.

<sup>68</sup> GONZÁLEZ DE ALBA, 1980, p. 27.



tudiantes llegaron a reunir 600 autobuses en Ciudad Universitaria, y el 26 de agosto de 1958 marcharon unas 200 000 personas al Zócalo. Los estudiantes ganaron aquella guerra, que incluyó motines en algunas terminales del sur de la ciudad, balaceras, incendio de autobuses e instalaciones de la Alianza de Camioneros, y negociaciones directas y en persona con el presidente de la República (Adolfo Ruiz Cortines), quien aceptó retirar el aumento de tarifas y “estudiar” la municipalización del transporte.<sup>69</sup>

Para 1968, la captura y retención de autobuses era una de las armas más eficientes del arsenal simbólico y práctico de la protesta y movilización estudiantil en la ciudad. Apenas en abril, una de las líneas de la ciudad había decidido suspender el servicio porque estudiantes habían secuestrado unidades para presionar a las autoridades y a la empresa para la indemnización de un estudiante atropellado.<sup>70</sup> En los días que siguen al 26 de julio los estudiantes, sobre todo los de bachillerato, harán un uso intensivo de ese recurso, y no sólo en el centro de la ciudad. A veces parece que los estudiantes salen de cacería. Los informantes de la Secretaría de Gobernación reportaron que al anochecer del 29 de julio (lunes), y después de una reunión multitudinaria en la Vocacional 5, un número indeterminado de jóvenes politécnicos caminaba “rumbo a las calles de Bucareli para tratar de capturar camiones y sacar la gasolina de los mismos”; poco después se unieron a la demostración estudiantes de las preparatorias y “acordaron [entre todos] la captura [de más autobuses] para dirigirse al Zócalo”. El domingo 28 de julio los estudiantes de la Preparatoria 7 (en La Viga) retuvieron 18 autobuses y les desinflaron las llantas; al menos uno de los autobuses fue volteado e incendiado (quizá para hacer una barricada); el mismo día, cuatro

<sup>69</sup> GUEVARA NIEBLA, 1988, pp. 20-23 y MABRY, 1982, pp. 207-213 han reconocido la enorme importancia que los autobuses tenían en la vida cotidiana de los estudiantes, especialmente a partir de que la Ciudad Universitaria comenzó sus operaciones en 1954.

<sup>70</sup> AGN, FIPS, c. 519, e. 1, Distrito Federal, 8 de abril de 1968. La línea en cuestión era Lindavista-Bellas Artes.

autobuses fueron detenidos en el casco de Santo Tomás y seis en la calle Justo Sierra, en pleno barrio universitario.<sup>71</sup>

## V

La madrugada del martes 30 de julio estaban reunidos en las oficinas del jefe del Departamento del Distrito Federal, Alfonso Corona del Rosal, el secretario de Gobernación, el secretario de la Defensa, los procuradores de justicia de la República y del Distrito Federal, y el jefe de policía de la ciudad.<sup>72</sup> La reunión en sí misma era un evento inusitado: con la excepción del presidente de la República (en esos momentos estaba en Guadalajara), aquella madrugada sesionaron quizá los hombres políticamente más poderosos del país, entre ellos el jefe del ejército (García Barragán), el jefe del control y la represión política (Echeverría) y el alcalde de la ciudad (Corona del Rosal). El vocabulario y los argumentos utilizados en la conferencia de prensa que siguió a la reunión, y la hora inusual (alrededor de las 3 de la madrugada)<sup>73</sup> sugieren que ese grupo, con toda seguridad una élite dentro de la clase política, estaba abrumado, desconcertado. Ciertamente, tenían una bomba política en las manos: reconocer oficialmente que poco después de la medianoche, elementos de tres unidades del ejército habían hecho su aparición en varias zonas de la ciudad de México para dispersar a los estudiantes de las calles aledañas a las escuelas y para ocupar las escuelas propiamente dichas. Todo parece indicar que el objetivo de la intervención militar fueron las preparatorias vecinas del Zócalo (los edificios de San Ildefonso y Primo de Verdad), y las Vocacionales 2 y 5

<sup>71</sup> AGN, FIPS, c. 519, e. 1, Distrito Federal, 19:35 horas, 29 de julio de 1968 y e. 1471, e. 1, f. 35.

<sup>72</sup> CORONA DEL ROSAL, 1995, pp. 204-205.

<sup>73</sup> Un periódico reportó que la conferencia de prensa había sido entre las "2.28 y las 3.40" de la madrugada, lo que seguramente supuso que las prensas periodísticas se detuvieran hasta que estuviera lista la nota. Véase *Novedades* (30 jul. 1968), en CANO, 1998, p. 17.

de la Ciudadela.<sup>74</sup> Especialmente importante (por su simbolismo y por la violencia invertida) resultó la toma del edificio de la Preparatoria 1, donde se usó una bazuka para derribar la puerta.<sup>75</sup> Como se mire, unos índices desconocidos de violencia se habían apoderado de las calles de la capital.

Las declaraciones de los funcionarios reunidos aquella madrugada del 29-30 de julio expresan las circunstancias de un momento inédito en la historia moderna de México. Luis Echeverría justificó la intervención del ejército aduciendo que “un simple pleito entre escuelas cercanas” y la ulterior “intervención justa de la policía del Distrito Federal” había degenerado “en verdaderos combates”. Por tanto, sigue Echeverría, “la noche de hoy [...] el Consejo Jurídico del Gobierno, encabezado por el procurador general de la República, Julio Sánchez Vargas —porque este funcionario es el consejero legal de la República— [...] convino en apoyar la intervención de la policía del Distrito Federal con una solicitud a la Secretaría de la Defensa Nacional” para “la intervención serena y meditada del ejército”. Terminó Echeverría exhortando a los estudiantes de la Universidad y del Politécnico a que reflexionaran en “estos dramáticos momentos”.<sup>76</sup>

Dramáticos momentos, sin duda. El gobierno ha tenido que invocar una figura como la del Consejo Jurídico para

<sup>74</sup> Una panorámica general de la intervención militar es ofrecida por *El Universal* en su edición del 30 de julio; véase el facsímil de la nota en CANO, 1998, p. 18.

<sup>75</sup> El parte militar sobre la intervención del ejército se publicó en CORONA DEL ROSAL, 1995, pp. 206-208, y está firmado por el general José Hernández Toledo. Las unidades que participaron fueron el batallón de fusileros paracaidistas, un batallón de la policía militar y el tercer batallón de infantería. Hernández Toledo no menciona el uso de la bazuka en la Preparatoria 1, pero las fotografías y los testimonios son indiscutibles al respecto. Testimonios y análisis sobre la aparición del ejército la madrugada del 30 de julio se pueden consultar en GONZÁLEZ DE ALBA, 1980, pp. 23-32; ZERMEÑO, 1981, pp. 11-14, y ÁLVAREZ GARÍN, 1998, pp. 32-34.

<sup>76</sup> La declaración, al parecer completa, de Luis Echeverría ha sido reproducida en ANAYA, 1998, pp. 219-220. *Novedades* recoge en otros términos la intervención de Echeverría; véase la nota en la edición del 30 de julio en CANO, 1998, p. 17.

darle una cobertura legal al llamamiento al ejército para su intervención en las calles y en la represión de las escuelas. Dramáticos momentos, más aún, debido a una razón que Echeverría apenas esbozaba: que el ejército ha sustituido a la policía porque ésta —quien lo dijera— había perdido la batalla de la ciudad de México. Un periódico capturó la esencia de la intervención militar al cabecear “El orden fue restablecido. Intervino el ejército y recuperó los planteles; los estudiantes dispersados”.<sup>77</sup> Parte de guerra, nota desde las trincheras, el tono y la sintaxis periodística transmiten, de manera involuntaria, la intensidad de una refriega que se libró en el corazón de la ciudad capital. Transmiten igualmente los efectos inesperados de varios días de violencia física.

Las jornadas del 29 y 30 de julio culminan a plenitud un primer ciclo de la protesta estudiantil de 1968. A partir de los enfrentamientos del 22 y 23 de julio en la Ciudadela, y pasando por la jornada épica del 26 y sus réplicas de los días subsiguientes, observamos un proceso que desde las escuelas y las calles aledañas ascenderá por el sistema de vasos comunicantes de la cultura estudiantil para ser racionalizado en las asambleas de las escuelas, en el pliego petitorio de los seis puntos (formalizado el 4 y 5 de agosto) y en las grandes manifestaciones públicas. La historia de estos últimos tres aspectos es en muchos sentidos, también, la historia de los enormes esfuerzos de organización, propaganda y contrainformación que realizará, a partir del 5 de agosto, un organismo como el Consejo Nacional de Huelga. Éste dejará, a la larga, una honda huella en los registros documentales, en las crónicas y testimonios y en la memoria colectiva. No hay sorpresa al respecto porque la saga del Consejo Nacional de Huelga testimonia uno de los esfuerzos más dramáticos de la historia contemporánea de México para crear y consolidar un interlocutor político visible, independiente y contestatario del gobierno.

Pero hay otras historias que deben ser contadas, algunos de cuyos indicios han aparecido a lo largo de este artículo:

<sup>77</sup> *El Universal* (30 jul.), en CANO, 1998, p. 18.

las explosiones de ira de los estudiantes más jóvenes (en realidad unos adolescentes); el repertorio de sus instrumentos de presión, resistencia y lucha; las fluctuaciones de su ánimo; las jerarquías imaginadas entre los agravios mediatos e inmediatos, y la sangre y el sudor comprometidos en el atrincheramiento detrás de los autobuses o en las propias escuelas. En los orígenes inmediatos de la protesta estudiantil de 1968 no debe buscarse un diseño teleológico, sino el choque de culturas y patrones de comportamiento de grupos y cuerpos políticos (estudiantes y policías por ejemplo); los cálculos equivocados de algunos actores comprometidos (sobre todo del gobierno federal); la imaginación, creatividad y experiencia acumuladas por décadas en el mundo estudiantil.

Lo inesperado es historia. Las teleologías nos arrebatan las posibilidades de recobrar la libertad de los actores. La chispa que incendió la pradera de 1968 la arrojaron unos jóvenes peleando entre sí en la Ciudadela y unos policías torpes mal entrenados, mal equipados y habituados a la impunidad. Con toda seguridad la pradera estaba seca, pero esto último es una condición de posibilidad, y no la historia como tal. Regresemos a la historia.

#### SIGLAS Y REFERENCIAS

- AGN Archivo General de la Nación, México, D. F.  
 ADFS Archivo de la Dirección Federal de Seguridad, México, D. F.  
 FIPS Fondo Investigaciones Políticas y Sociales, México, D. F.  
 NSA National Security Archives (Washington, D. C.).  
[www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB10/mexa](http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB10/mexa)

AGUAYO, Sergio

- 1998 *1968. Los archivos de la violencia*. México: Grijalbo.  
 2001 *La charola. Una historia de los servicios de inteligencia en México*. México: Grijalbo.

AGUSTÍN, José

- 1996 *La contracultura en México*. México: Grijalbo.

## ÁLVAREZ GARÍN, Raúl

- 1998 *La estela de Tlatelolco. Una reconstrucción histórica del movimiento estudiantil del 68*. México: Grijalbo.

## ANAYA, Héctor

- 1998 *Los parricidas del 68*. México: Plaza y Valdés.

*Anuario*

- 2001 *Anuario de Espacios Urbanos. Historia, cultura, diseño, 2001*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

ARÉCHIGA ROBLES, Rubén *et al.*

- 1998 *Asalto al cielo. Lo que no se ha dicho del 68*. México: Océano.

## ARROM, Silvia M.

- 1996 "Rethinking Urban Politics in Latin America before the Populist Era", en ARROM y ORTOLL, pp. 1-16.

## ARROM, Silvia M. y Servando ORTOLL (coords.)

- 1996 *Riots in the Cities. Popular Politics and the Urban Poor in Latin America, 1765-1910*. Wilmington: SR Books.

## ASCENCIO, Esteban (coord.)

- 1998 *1968. Más allá del mito*. México: Ediciones del Milenio.

## BARROS SIERRA, Javier

- 1972 *1968. Conversaciones con Gastón García Cantú*. México: Siglo Veintiuno Editores.

## BELLINGHAUSEN, Hermann (coord.)

- 1988 *Pensar el 68*. México: Cal y Arena.

## BERMAN, Marshall

- 1990 *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México: Siglo Veintiuno Editores.

## BRAUN, Herbert

- 1987 *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*. Traducción de Hernando Valencia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- 1997 "Protest of Engagement: Dignity, False Love, and Self-Love in Mexico During 1968", en *Comparative Studies of Society and History*, 39:3, pp. 511-549.

- CACHO, Raúl A.  
1993 "Collage", en CAZÉS, pp. 16-21.
- CALHOUN, Craig (coord.)  
1992 *Habermas and the Public Sphere*. Cambridge, Londres: The Massachusetts Institute of Technology Press.
- CAMPOS LEMUS, Sócrates y Juan SÁNCHEZ MENDOZA  
1998 *68. Tiempo de hablar*. México: Sansores y Aljure.
- CANO ANDALUZ, Aurora  
1998 *1968. Antología periodística*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- CAZÉS, Daniel (comp.)  
1993 *Memorial del 68. Relato a muchas voces*. México: La Jornada Ediciones.
- CORONA DEL ROSAL, Alfonso  
1995 *Mis memorias políticas*. México: Grijalbo.
- COVO, Milena  
1990 "La composición social de la población estudiantil de la UNAM: 1960-1985", en POZAS HORCASITAS, pp. 29-88.
- CRESPO, Horacio y Dardo ALZOGARAY  
1994 "Los estudiantes en el mayo cordobés", *Estudios*, 4 (dic.), pp. 75-90.
- DOMÍNGUEZ, Raúl  
1998 "El perfil político de las organizaciones estudiantiles durante la década de 1950", en MARSISKE, pp. 261-290.
- GONZÁLEZ DE ALBA, Luis  
1980 *Los días y los años*. México: Era.  
1993 "1968: la fiesta y la tragedia", en *Nexos*, 189 (sep.), pp. 23-31.
- GUEVARA NIEBLA, Gilberto  
1988 *La democracia en la calle. Crónica del movimiento estudiantil mexicano*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- JARDÓN, Raúl  
1998 *1968: el fuego de la esperanza*. México: Siglo Veintiuno Editores.

- JOSEPH, Gilbert M., Anne RUBENSTEIN y Eric ZOLOV (coords.)  
 2001 *Fragments of a Golden Age. The Politics of Culture in Mexico Since 1940*. Durham y Londres: Duke University Press.
- LEÓN LÓPEZ, Enrique G.  
 1986 *El Instituto Politécnico Nacional. Origen y evolución histórica*. México: Instituto Politécnico Nacional.
- LEVI, Giovanni y Jean-Claude SCHMITT (dirs.)  
 1996 *Historia de los jóvenes. II La edad contemporánea*. Madrid: Taurus.
- LOAEZA, Soledad  
 1993 "México, 1968: los orígenes de la transición", en SEMO, pp. 15-48.
- MABRY, Donald J.  
 1982 *The Mexican University and the State. Student Conflicts, 1910-1971*. College Station: Texas A&M University Press.
- MARKARIAN, Vania  
 2001 "El movimiento estudiantil mexicano de 1968. Treinta años de debates públicos", en *Anuario de Espacios Urbanos. Historia, cultura, diseño*, pp. 239-264.
- MARSISKE, Renata (coord.)  
 1998 *Los estudiantes. Trabajos de historia y sociología*. México: Centro de Estudios sobre la Universidad-Plaza y Valdés Editores.
- MARTRÉ, Gonzalo  
 1998 *El movimiento popular estudiantil de 1968 en la novela mexicana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- MARWICK, Arthur  
 1998 *The Sixties. Cultural Revolution in Britain, France, Italy, and United States, c.1958-1974*. Oxford: Oxford University Press.
- McPHERSON, Alan  
 2002 "From 'Punks' to Geopoliticians: U. S. And Panamanian Teenagers and the 1964 Canal Zone Riots", en *The Americas*, 58:3, pp. 395-418.



MEDINA, Gerardo (comp.)

1990 *El 68, Tlatelolco y el PAN*. México: EPESSA.

MONSIVÁIS, Carlos

1999 "El 68: las ceremonias del agravio y la memoria", en SCHERER y MONSIVÁIS, pp. 119-262.

MONTEMAYOR, Carlos

2000 *Rehacer la historia. Análisis de los nuevos documentos del 2 de octubre en Tlatelolco*. México: Planeta.

Novo, Salvador

1998 *La vida en México en el periodo presidencial de Gustavo Díaz Ordaz*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, vol. II.

PAZ, Octavio

1981 *El laberinto de la soledad, Postdata, Vuelta a El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.

PONIATOWSKA, Elena

1989 *La noche de Tlatelolco*. México: Era.

Poo, Jorge

1998 "Los protagonistas olvidados", en ARÉCHIGA *et al.*, pp. 122-130.

POZAS HORCASITAS, Ricardo (coord.)

1990 *Universidad Nacional y sociedad*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Miguel Ángel Porrúa.

*Los procesos*

1970 *Los procesos de México 68: acusaciones y defensa*. México: Estudiantes.

RAMÍREZ, Ramón

1998 *El movimiento estudiantil de México (julio/diciembre, 1968)*. México: Era, 2 vols.

RODRIGUEZ KURI, Ariel

1996 *La experiencia olvidada. El ayuntamiento de México: política y gobierno, 1876-1912*. México: El Colegio de México.

1998 "El otro 68. Política y estilo en la organización de los juegos olímpicos de 1968 en la ciudad de México", en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, XIX:76 (otoño), pp. 107-130.

- [en prensa] "Desabasto de agua y violencia política. El motín del 30 de noviembre de 1922 en la ciudad de México", en RONZÓN.
- 2003 "Hacia México 68. Pedro Ramírez Vázquez y el proyecto olímpico", en *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, 56 (mayo-ago.), pp. 37-74.
- RONZÓN, José (comp.)
- [en prensa] *Formas de descontento, rebelión y revolución en América Latina*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- RUBENSTEIN, Ane
- 2001 "Bodies, Cities, Cinema: Pedro Infante Death's as Political Spectacle", en JOSEPH, RUBENSTEIN y ZOLOV, pp. 199-233.
- SÁNCHEZ HIDALGO, Joaquín
- 2000 *Trazos y mitos de una utopía. La institución politécnica*. México: Sociedad de Arquitectos del Instituto Politécnico Nacional.
- SCHERER, Julio y Carlos MONSIVÁIS
- 1999 *Parte de guerra. Tlatelolco 1968. Documento del general Marcelino García Barragán. Los hechos y la historia*. México: Nuevo Siglo-Aguilar.
- SCHUDSON, Michel
- 1992 "Was There Ever a Public Sphere? If so, When? Reflection on the American Case", en CALHOUN, pp. 143-163.
- SEMO, Ilán (coord.)
- 1993 *La transición interrumpida. México, 1968-1968*. México: Nueva Imagen.
- TAMAYO, Sergio
- 1999 *Los veinte octubres mexicanos. Ciudadanías e identidades colectivas*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- ZERMEÑO, Sergio
- 1981 *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*. Prólogo de Carlos Monsiváis. México: Siglo Veintiuno Editores.
- ZOLOV, Eric
- 1999 *Refried Elvis. The Rise of the Mexican Conterculture*. Berkeley: University of California Press.